

PQ 6523
.G6 A6
Copy 1

S. de Tarate

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

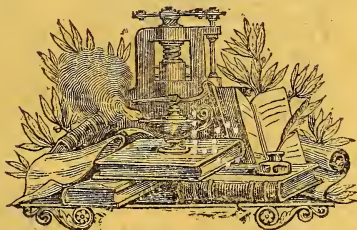
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANJERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATALOGO de las comedias que contiene esta Galeria.

Marcela, ó ¿á cuál de las tres?	6	Rodrigo.	8	El desengaño en un sueño.	8
Un tercero en discordia	6	Carlos V en Ajofrin.	4	Mas vale llegar á tiempo.	8
Un novio para la niña.	6	Cuidado con las novias.	6	Ganar perdiendo.	8
Otro diablo predicador.	4	Un monarca y su privado.	8	Cada cual con su razon.	8
Me voy de Madrid.	8	El día mas feliz de la vida.	4	Lealtad de una muger.	8
La redaccion de un periódico.	8	El vigilante.	4	El zapatero y el rey 1. ^a parte.	8
Las improvisaciones.	4	La escuela de los viejos.	6	Apoteosis de Calderon.	4
Una de tantas.	4	El vaso de agua.	6	El zapatero y el rey, 2. ^a parte.	8
Muérete y verás.	8	Un casamiento sin amor.	6	El eco del torrente.	8
El amigo mártir.	8	Hatilde.	8	Los dos vireyes.	8
Todo es farsa en este mundo.	8	D. Trifon.	8	La corte del Buen-Retiro.	8
D. Fernando el emplazado.	8	Masaniello.	8	Bárbara Blomberg.	8
Medidas extraordinarias.	4	Atrás!	4	D. Jaime el conquistador.	8
El poeta y la beneficiada.	6	Guzman el bueno.	8	Higuamota.	8
Ella es él.	4	El amigo en candelero.	8	La aurora de Colon.	8
El pró y el contra.	4	El Trovador.	8	El conde D. Julian.	10
El hombre gordo.	4	El page.	8	Cerdan, justicia de Aragon.	8
Flaquezas ministeriales.	8	El rey monje.	8	Contigo pan y cebolla.	6
El hombre pacífico.	4	Magdalena.	8	Tal para cual.	4
El que dirán.	8	El bastardo.	8	Las costumbres de antaño.	4
Un día de campo.	8	Samuel.	8	El jugador.	6
El novio y el concierto.	4	Dandolo.	8	Del mal el menos.	8
No ganamos para sustos.	8	El encubierto de Valencia.	8	Toros y cañas.	8
Bellido Dolfos.	8	Batilde ó América libre.	6	Quien mas pone pierde mas.	8
¡Una vieja!	8	Margarita de Borgoña.	6	Rivera.	8
El pelo de la dehesa.	8	La pandilla.	5	El rigor de las desdichas.	8
Lances de carnaval.	4	D. Juan de Marana.	6	Las simpatías.	4
Pruebas de amor conyugal.	6	Calígula.	6	El diablo cojuelo.	4
El cuarto de hora.	8	Zaida.	8	Las ventas de Cárdenas.	4
La pochada.	4	Juan de Suavia.	8	Dos validos.	8
El plan de un drama.	4	El caballero leal.	8	La tumba salvada.	4
Dios los cria y ellos se juntan.	8	El premio del vencedor.	8	El Tasso.	4
Cuentas atrasadas.	8	Gabriel.	8	Acertar errando.	4
Mi secretario y yo.	4	Las bodas de Doña Saucha.	8	Hacerse amar con peluca.	4
¡Qué hombre tan amable!	8	Los amantes de Teruel.	8	Shakespeare enamorado.	4
Los hijos de Eduardo.	6	Doña Mencía.	8	Máscara reconciliadora.	4
Engañar con la verdad.	4	La redoma encantada.	8	El testamento.	4
Los primeros amores.	4	La visionaria.	8	El gastrónomo sin dinero.	4
A la zorra candelazo.	4	Los polvos de la madre Celestina.	8	Miguel y Crisina.	4
El amante prestado.	4	El amo erjado.	6	La vuelta de Estanislao.	4
Un paseo á Bedlan.	4	Ernesto.	6	Las capas.	4
Mi tío el jorobado.	4	El barbero de Sevilla.	6	Un ministro!!!	4
La familia del boticario.	4	Alfonso el Casto.	8	Quiero ser cómico.	4
El segundo año.	4	Primero yo.	5	El ambicioso.	5
La loca fingida.	4	El abuelito.	8	Marino Faliero.	8
No mas muchachos.	4	El Bachiller Mendárias.	8	El marido de mi muger.	4
Mi empleo y mi muger.	4	Macias.	6	Jacobo II.	6
La primera leccion de amor.	6	No mas mostrador.	6	El rey se divierte.	6
Lo vivo y lo pintado.	8	Roberto Dillon.	5	La muger de un artista.	5
La pluma prodigiosa.	8	Felipe.	4	La segunda dama duende.	6
La Batelera de Pasages.	8	Un desafio.	6	Un alma de artista.	6
La mansion del crimen.	4	Arte de conspirar.	6	Una ausencia.	4
La escuela de las casadas.	8	Partir á tiempo.	4	Mateo.	6
El Editor responsable.	8	Tu amor ó la muerte.	4	Amor de madre.	4
¡Estaba de Dios!	8	D. Juan de Austria.	6	El honor español.	6
Blanca de Borbon.	8	D. Alvaro, ó la fuerza del sino.	8	La sociedad de los trece.	4
Carlos II el hechizado.	8	Tanto vales cuanto tienes.	8	Los perros del monte de san	6
Rosmunda.	8	Solaces de un prisionero.	8	Bernardo.	6
D. Alvaro de Luna.	8	La morisca de Alajuar.	8	El héroe por fuerza.	6
El entremetido.	6	El crisol de la lealtad.	8	Bruno el tejedor.	4

UN AMIGO EN CANDELERO,

COMEDIA EN CINCO ACTOS.

SU AUTOR.

DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

PQ 6523
.G6 A6

PERSONAS.

ACTORES.

DON GONZALO.	<i>Don Julian Romea.</i>
DON GABRIEL.	<i>Don Lázaro Perez.</i>
DON LOPE.	<i>Don Pedro Sobrado.</i>
DON AQUILINO.	<i>Don Florencio Romea.</i>
LA CONDESA.	<i>Doña Matilde Diez.</i>
DOÑA CLARA.	<i>Doña Teodora Lamadrid.</i>
FRANCISCO.	<i>Don Mariano Fernandez.</i>
TORIBIO.	<i>Don Ignacio Silvostrí.</i>

JUAN. — UN PORTERO. — CRIADOS.

La escena es en Madrid, á fines del año de 1719.

Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

199181
73

ADVERTENCIA.

Una comedia de las menos conocidas de Picard, titulada VANGLAS, me ha dado la idea de esta. He aprovechado algunas pocas situaciones de ella; pero estan presentadas de tan diferente modo, varían tanto en el desempeño, y en todo lo demas las dos obras son tan distintas, que aquello no quita á la mia la cualidad de original. Hago, sin embargo, esta advertencia, en obsequio de la verdad, aunque podria escusarla; pues semejantes imitaciones son permitidas en literatura y muy frecuentes aun en los escritores de mayor nombradía.

APPENDIX

THE following is a list of the names of the persons who have been appointed to the various offices of the Government of the State of New York, since the year 1800, and who have since that time held the same offices.

GOVERNOR

1800 - 1801, M. VAN DER BURG
1801 - 1802, M. VAN DER BURG
1802 - 1803, M. VAN DER BURG
1803 - 1804, M. VAN DER BURG
1804 - 1805, M. VAN DER BURG
1805 - 1806, M. VAN DER BURG
1806 - 1807, M. VAN DER BURG
1807 - 1808, M. VAN DER BURG
1808 - 1809, M. VAN DER BURG
1809 - 1810, M. VAN DER BURG
1810 - 1811, M. VAN DER BURG
1811 - 1812, M. VAN DER BURG
1812 - 1813, M. VAN DER BURG
1813 - 1814, M. VAN DER BURG
1814 - 1815, M. VAN DER BURG
1815 - 1816, M. VAN DER BURG
1816 - 1817, M. VAN DER BURG
1817 - 1818, M. VAN DER BURG
1818 - 1819, M. VAN DER BURG
1819 - 1820, M. VAN DER BURG
1820 - 1821, M. VAN DER BURG
1821 - 1822, M. VAN DER BURG
1822 - 1823, M. VAN DER BURG
1823 - 1824, M. VAN DER BURG
1824 - 1825, M. VAN DER BURG
1825 - 1826, M. VAN DER BURG
1826 - 1827, M. VAN DER BURG
1827 - 1828, M. VAN DER BURG
1828 - 1829, M. VAN DER BURG
1829 - 1830, M. VAN DER BURG
1830 - 1831, M. VAN DER BURG
1831 - 1832, M. VAN DER BURG
1832 - 1833, M. VAN DER BURG
1833 - 1834, M. VAN DER BURG
1834 - 1835, M. VAN DER BURG
1835 - 1836, M. VAN DER BURG
1836 - 1837, M. VAN DER BURG
1837 - 1838, M. VAN DER BURG
1838 - 1839, M. VAN DER BURG
1839 - 1840, M. VAN DER BURG
1840 - 1841, M. VAN DER BURG
1841 - 1842, M. VAN DER BURG
1842 - 1843, M. VAN DER BURG
1843 - 1844, M. VAN DER BURG
1844 - 1845, M. VAN DER BURG
1845 - 1846, M. VAN DER BURG
1846 - 1847, M. VAN DER BURG
1847 - 1848, M. VAN DER BURG
1848 - 1849, M. VAN DER BURG
1849 - 1850, M. VAN DER BURG
1850 - 1851, M. VAN DER BURG
1851 - 1852, M. VAN DER BURG
1852 - 1853, M. VAN DER BURG
1853 - 1854, M. VAN DER BURG
1854 - 1855, M. VAN DER BURG
1855 - 1856, M. VAN DER BURG
1856 - 1857, M. VAN DER BURG
1857 - 1858, M. VAN DER BURG
1858 - 1859, M. VAN DER BURG
1859 - 1860, M. VAN DER BURG
1860 - 1861, M. VAN DER BURG
1861 - 1862, M. VAN DER BURG
1862 - 1863, M. VAN DER BURG
1863 - 1864, M. VAN DER BURG
1864 - 1865, M. VAN DER BURG
1865 - 1866, M. VAN DER BURG
1866 - 1867, M. VAN DER BURG
1867 - 1868, M. VAN DER BURG
1868 - 1869, M. VAN DER BURG
1869 - 1870, M. VAN DER BURG
1870 - 1871, M. VAN DER BURG
1871 - 1872, M. VAN DER BURG
1872 - 1873, M. VAN DER BURG
1873 - 1874, M. VAN DER BURG
1874 - 1875, M. VAN DER BURG
1875 - 1876, M. VAN DER BURG
1876 - 1877, M. VAN DER BURG
1877 - 1878, M. VAN DER BURG
1878 - 1879, M. VAN DER BURG
1879 - 1880, M. VAN DER BURG
1880 - 1881, M. VAN DER BURG
1881 - 1882, M. VAN DER BURG
1882 - 1883, M. VAN DER BURG
1883 - 1884, M. VAN DER BURG
1884 - 1885, M. VAN DER BURG
1885 - 1886, M. VAN DER BURG
1886 - 1887, M. VAN DER BURG
1887 - 1888, M. VAN DER BURG
1888 - 1889, M. VAN DER BURG
1889 - 1890, M. VAN DER BURG
1890 - 1891, M. VAN DER BURG
1891 - 1892, M. VAN DER BURG
1892 - 1893, M. VAN DER BURG
1893 - 1894, M. VAN DER BURG
1894 - 1895, M. VAN DER BURG
1895 - 1896, M. VAN DER BURG
1896 - 1897, M. VAN DER BURG
1897 - 1898, M. VAN DER BURG
1898 - 1899, M. VAN DER BURG
1899 - 1900, M. VAN DER BURG

Acto primero.

Sala decentemente amueblada. Puertas al foro y á los lados.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA. DON GABRIEL.

CLARA. ¿Viste por fin á Orendana?
GABRIEL. Ya le vi, gracias á Dios.
CLARA. ¿Por ventura, se ha negado?
GABRIEL. De ningun modo, eso no;
mas su casa es un castillo
cuyas puertas, voto á bríos,
defiende de cien lacayos
la insolente guarnicion.
Ya se ve, de la fortuna
el viento al fin le sopló,
y hoy se encuentra en candelero,
segun el dicho español.
El cardenal Alberoni
le dispensa su favor,
y hasta que le hacen ministro
dice la pública voz.
CLARA. ¿Qué me cuentas?
GABRIEL. A no ser,
lo que no estrañaré yo,
que ese edificio de naipes
de tan débil construccion
se derrumbe y venga al suelo
mas pronto que se elevó.

CLARA. Pues qué, ¿recelas...?
 GABRIEL. ¿Quién sabe?

El viento de la ambicion
 en un piélago inconstante
 á navegar le lanzó;
 y en las cortes la caida
 solo hay segura en rigor.
 ¿ Ves á ese altivo ministro
 que de humilde condicion
 á la púrpura romana
 y casi al trono se alzó,
 revolviendo á toda Europa
 con su genio emprendedor?
 Pues quizá grandeza tanta
 no es mas que vana ilusion
 que en breve se desvanezca
 cual niebla liviana al sol.

CLARA. ¿Pues acaso le amenaza...?

GABRIEL. Es mera suposicion.
 Corren con todo rumores,
 se agitan hombres de pró...
 Pero, hermana, estos asuntos
 para mugres no son.
 Dejemos, pues...

CLARA. Un hermano
 fué siempre para los dos
 Orendana: indiferente
 no puede mi corazon
 mostrarse á su dicha.

GABRIEL. Es cierto;

y si algun dia el furor
 de la suerte le lanzase
 de tan alta elevacion,
 recibéndole en mis brazos,
 haré su golpe menor.

CLARA. Nunca pensára en empleos;
 y sin tanta esposicion,
 quizá mas feliz le hiciera
 nuestra amistad.

GABRIEL. Y tu amor.

CLARA. ¡Mi amor!

GABRIEL. ¿No quedan cenizas

del antiguo fuego ?

CLARA.
GABRIEL.

¡Ay Dios!

Ese suspiro me dice
que no se estinguió tu ardor.

CLARA.

Inútil fuera negarlo :
en mi sincera aficion,
de su naciente grandeza
con gozo oía el rumor.
¡Necia de mí que ignoraba
cómo se apaga veloz
con los vientos cortesanos
llama que humilde nació!
Desde que de altos destinos
le deslumbra el esplendor,
ni aun he visto de su letra
un amistoso renglon.
El ingrato me ha olvidado,
no hay duda: segura estoy
de que por mí ni siquiera
te ha preguntado.

GABRIEL.

Es error.

Me ha preguntado: en sus ojos
sincero afecto brilló ;
y estrechándome en sus brazos,
tu nombre, aunque con rubor,
le oí pronunciar... ¿Qué quieres ?
Los negocios de sí en pós
arrebatan al que se halla
en tan alta posicion.
Es fuerza ser indulgente.

CLARA.
GABRIEL.

¿Indulgente...? ;Harto lo soy!
Gozoso estaba conmigo
en dulce conversacion,
cuando con prisa á palacio
el cardenal le llamó.
Pasamos de pretendientes
entre apretado escuadron,
y metiéndose en su coche,
al punto desapareció.
Mas me prometió primero
que vendria á comer hoy
con nosotros.

:

ESCENA II.

DICHOS. JUAN.

JUAN. Señor...

GABRIEL. ¿Qué?

JUAN. Preguntan ahí por vos dos caballeros.

GABRIEL. ¿Sus nombres?

JUAN. Don Aquilino Muñoz el uno, y don Lope Estrada el otro.

GABRIEL. Que entren los dos. (*Vase Juan.*)

CLARA. ¡Muñoz y Estrada!

GABRIEL. Sí, amiga.

¿Te acuerdas de ellos?

CLARA. ¿Pues no!

GABRIEL. Amigos de nuestra infancia como Orendana. El favor nos harán de acompañarnos también á comer.

CLARA. Pues voy, voy corriendo á disponer...
¡Tres convidados...! A Dios. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON GABRIEL. DON AQUILINO. DON LOPE.

GABRIEL. ¡Amigos míos!

LOPE. ¡Querido!

AQUILINO. ¡Gabriel del alma!

GABRIEL. Venid á mis brazos.

AQUILINO. ¡Tú en Madrid!

GABRIEL. Sí, amigos.

LOPE. Muy bien venido.

GABRIEL. ¿Os han dado mi recado?

LOPE. Y á verte luego acudí.

AQUILINO. Igual me sucede á mí.
(*Señalando á don Lope.*)
En la calle le he encontrado.

GABRIEL. Muy bien, muy bien: os lo estimo.

Años há que no nos vemos.
 LOPE. ¡ Oh! mucho que hablar tenemos.
 GABRIEL. Pero la risa reprimo.
 Di : ¿qué trage es ese? (*A don Lope.*)
 LOPE. ¿Cuál?
 GABRIEL. El que llevas... ¿Quién diria...?
 AQUILINO. Ha dado en esa manía.
 LOPE. Es el trage nacional.
 GABRIEL. Del siglo pasado.
 LOPE. ¡Y bien!
 GABRIEL. ¿ Por eso he de despreciarle?
 Ya han dejado de llevarle,
 y hoy otras modas se ven.
 AQUILINO. En ser antiguo se empeña.
 LOPE. Sí, bien lo sé: solo es
 hoy de moda lo francés
 y lo español se desdeña ;
 mas no admito ese embolismo,
 y es para mí necia empresa
 vestirnos á la francesa
 y gobernarnos lo mismo.
 Nuestros usos buenos son,
 gloria adquirimos con ellos,
 y es necedad el perdellos
 por los de estraña nacion.
 ¿ A qué tales mamarrachos?
 ¿ Porque es francés nuestro rey?
 Hágase español, que es ley,
 y no nos haga gabachos.
 Este trage que vistiera
 mi padre, lo he de llevar,
 y si llegase á no hallar
 sastre para él, yo lo hiciera.
 ¡ Miren qué lindo atavío
 el vuestro! ¡ Qué casacon!
 ¡ Y el enorme pelucon!
 Yo sí que al veros me río.
 Dénme la estrecha ropilla
 que ajustada al cuerpo viene,
 y el ferreruelo que tiene
 donaire tal en Castilla:
 dénme el chambergo sombrero

su pluma agitando ufano,
 que quita el sol en verano
 y las nieves en Enero:
 dénme el pelo suelto, liso,
 tal como Dios le ha criado,
 no tanto rizo prestado
 que para nada es preciso.
 Aunque de verle te duela,
 este trage es de provecho,
 no el tuyo con que estás hecho
 un mono de covachuela.

GABRIEL.

Muy bien, cada cual su gusto:
 por eso no hay que reñir;
 mas ¿no me querreis decir
 cuál es vuestra suerte?

LOPE.

Es justo.

AQUILINO.

La mia es harto fatal.

GABRIEL.

¿Cómo, pues, buen Aquilino?

AQUILINO.

Dió en perseguirme el destino,
 y todo me sale mal.

Después de haber sido page
 do fuí de hambre catedrático,
 serví á un señor diplomático
 con quien hice mas de un viaje.
 El hombre escribía mucho,
 cosas que nadie entendia,
 y yo las copias hacia,

que en la letra soy muy ducho.

Gran secreto me encargaba
 en sus escritos difusos;
 mas ya por sí, de confusos,
 el secreto se guardaba.

Español, francés, lo propio
 era todo para mí:

de ello una maña adquirí,
 y es no saber lo que copio.

Soy un imprenta viviente,
 fiel reproduzco un escrito;
 mas de ninguno, maldito
 lo que me queda en la mente.

De esta gracia se prendó
 cierto señor consejero,

que era del otro heredero
 y á mí tambien me heredó.
 Quísome un dia probar,
 y fué caso nunca visto:
 escribió un oficio, y listo
 yo me lo puse á copiar.
 Firma, cierro, el sobre pongo,
 y dice con falsa risa:
 llevad este pliego á prisa
 y hagan lo que en él impongo.
 Llévolo sin detencion
 á un alcalde; y por respuesta...
 ¿creeréislo, amigos...? me arresta:
 era mi auto de prision.

LOPE.

¡Ah! ¡ah! ¡cuál te quedarías!

GABRIEL.

¿Te burlas?

AQUILINO

Podeis creerlo:

yo copié, sin conocerlo,
 aquella carta de Urias.
 Es propiedad escelente.
 Lo será; mas la maldigo:
 por ella nada consigo,
 y no paso de escribiente.
 Veces mil el consejero
 colocarme prometió;
 mas de repente murió
 y de hambre otra vez me muero.

GABRIEL.

Ya te abrirá Dios camino.

¿Y tú, Lope?

LOPE.

¿Yo...? Contento:
 ni ser pretendiente intento,
 ni sirvo para un destino.
 Mi deseo poco abarca;
 y sin que yerre la cuenta,
 con mil ducados de renta
 vivo como un patriarca.
 Tengo la lengua harto fresca,
 dícenme, para servir:
 verdades he de decir,
 que el callarme es mucha gresca.
 Pues ya llegué á conocellos,
 quedémonos, voto á tal,

- ellos gobernando mal,
y yo murmurando de ellos.
- GABRIEL. Mira, vete con cuidado,
que hay en España castillos.
- LOPE. Sí, pondrán á mis pies grillos,
mas no á mi boca un candado.
- GABRIEL. ¡Bah! La suerte de los dos
que hoy se mejore confio.
- AQUILINO. ¿De veras?
- LOPE. Calor ni frio
me entra por...
- AQUILINO. Dime, por Dios.
- GABRIEL. ¿Os acordais de Orendana?
- AQUILINO. ¿El que es oficial mayor
de...
- GABRIEL. Ese mismo.
- AQUILINO. Un buen señor.
- LOPE. ¡Bribon! ¡Le tengo una gana!
- GABRIEL. Con él estudiamos juntos,
y era de los tres amigo.
- AQUILINO. Sí, sí, jugaba conmigo.
- LOPE. Siempre le ponian puntos.
- GABRIEL. Hoy vendrá á comer aqui;
y por lo mismo os convido.
- LOPE. ¿Sí...? Pues me marchó.
- AQUILINO. ¿Qué he oido?
- GABRIEL. ¿Mi amigo Gonzalo?
- LOPE. Sí.
- GABRIEL. Quedad con Dios.
- LOPE. ¿Dónde vas?
- GABRIEL. No quiero verle.
- LOPE. ¿Qué necio!
- GABRIEL. Le aborrezco, le desprecio.
- LOPE. Vaya, riguroso estás.
- AQUILINO. Repito que es buen señor;
y aunque su orgullo condeno,
le basta para ser bueno
el ser oficial mayor.
- LOPE. Le tengo por un zoquete.
- AQUILINO. Pues cuando en la escuela estaba,
decias, si me cascaba,
ese muchacho promete.

- LOPE. Ahora es rico y era pobre:
¿cómo tan pronto ha podido...?
- AQUILINO. Los empleos, ya es sabido,
en oro truecan el cobre.
- LOPE. Dicen que toma regalos
por los destinos que da.
- AQUILINO. Eso mal hecho será,
si los destinos son malos.
- LOPE. Si las faldas se interesan,
no hay cuidado, cera es.
- AQUILINO. ¿Quieres sea descortés
con las que al mundo embelesan?
- LOPE. Si es que no miente la fama,
también le protege alguna.
- AQUILINO. Mucho que sí: su fortuna
la debe toda á una dama;
y esa es muy fundada queja:
solo en él eso critico;
pues siendo yo mejor chico,
no hallo una que me proteja.
- GABRIEL. ¿Cómo! ¿Qué dices? ¿De veras?
- LOPE. Lo sabe todo Madrid.
- GABRIEL. Mas ¿quién es ella...? Decid.
- LOPE. La condesa de Figueras.
- AQUILINO. Camarera favorita
de la reina.
- GABRIEL. ¿Y es posible!
- AQUILINO. Dicen que es bella y sensible.
- GABRIEL. ¿Dios mio...! (¡Pobre Clarita!)

ESCENA IV.

DICHOS. DOÑA CLARA.

- CLARA. Un coche paró á la puerta:
sin duda será el amigo.
- GABRIEL. Sí, será... Vamos...
- AQUILINO. ¿Tan pronto?
¡Valgame Dios, qué descuido!
A verle voy, y no traigo
siquiera un memorialito.
Oye, Gabriel.

- GABRIEL. ¿Qué me quieres?
 AQUILINO. ¿Sin duda tendrás avíos de escribir?
- GABRIEL. ¿No he de tener?
 AQUILINO. ¿Necesitas...? Te suplico me dejes..
- GABRIEL. En mi despacho podrás...
- AQUILINO. Muy bien... sí... solito será mejor.
- GABRIEL. ¿Qué pretendes?
 AQUILINO. Cuatro renglones ó cinco. Quiero que vea mi letra.
- GABRIEL. ¿Gonzalo?
 AQUILINO. Sí.
- GABRIEL. Ya adivino: ¿un memorial?
 AQUILINO. La ocasion aprovechar es preciso.
- GABRIEL. Bien.—Y tú, Lope, ¿no quieres...?
 LOPE. ¿Yo memoriales...? Pues digo que es mi genio para... Mas habia echado en olvido que me es forzoso escribir un par de cartas: lo mismo da aqui que en mi casa.
- GABRIEL. Pues yo os guiaré.
- AQUILINO. Ya te sigo.
- GABRIEL. Clarita, si es Orendana, que me avisen. (*Vanse.*)

ESCENA V.

DOÑA CLARA. JUAN. Luego DON GONZALO.

- CLARA. (*Sola.*) ¡Ay, Dios mio!
 A verle voy... De temor,
 de gozo apenas respiro.
- JUAN. (*Sale y anuncia.*)
 Don Gonzalo de Orendana.

- CLARA. Pase adelante.
- GONZALO. (*Saliendo.*) ¡Qué miro!
¡Clarita! (*Saluda.*)
- CLARA. (*Saludando.*) ¡Amigo...! — Avisad (*A Juan.*)
luego á mi hermano.
- GONZALO. Os suplico
no le incomodeis.
- CLARA. Tendrá
sumo placer...
- GONZALO. Ya le he visto;
y en tan grata compañía
goza, esperando, un amigo.
(*Vase Juan.*)
- CLARA. ¡Luego lo sois siempre?
- GONZALO. En esto
la duda es agravio.
- CLARA. Estimo
tanta fineza... Sentaos.
- GONZALO. Permitid...
(*Da una silla á doña Clara y él toma otra.*)
¡Qué nuevo hechizo
han derramado los cielos
en ese rostro divino!
Años há que en triste ausencia
privado de vos suspiro,
y vuestra beldad con ellos
en perfeccion ha crecido.
Esos ojos me parecen
mas tiernos, mas espresivos,
y hora sus rayos añaden
nuevo ardor á mi cariño.
- CLARA. Bien se ve que el cortesano
lenguaje habeis aprendido,
pues el labio lisonjero
es del pecho tan distinto.
Tambien vos, si no me engaño,
mudanzas habeis tenido...
No hablo, no, de las que elevan
tan alto vuestros destinos,
y por las que cordialmente,
caballero, os felicito...
Mas á par de la fortuna,

GONZALO. vuestro amor tambien ha ido,
 ella subiendo á los cielos,
 él bajando hasta el abismo.
 ¡Qué injusta sois...! Es verdad:
 en medio del torbellino
 que hoy arrastra mi existencia,
 ni siquiera yo á mí mismo
 me pertenezco... Mil veces
 me es fuerza dar al olvido
 mis mas íntimos afectos,
 hasta mi dicha... Albedrío
 no tiene el que como yo
 se halla al triste carro uncido
 de este afanoso gobierno
 al que como esclavo sirvo.
 Pero no dudeis que aqui
 viven siempre mis amigos,
 y siempre...

CLARA. No os apureis:
 disculpas no necesito:
 ni soy tan necia que ignore,
 por mas que duela el decirlo,
 lo que va de ayer á hoy,
 lo que hay desde el pobre al rico.
 Quien es ya tanto, y mañana
 tal vez se vea ministro,
 mal puede, ni bien le está,
 guardar afectos mezquinos.

GONZALO. No asi, Clara, os humilleis:
 tan brillantes atractivos,
 para quien sabe apreciarlos,
 hasta de un trono son dignos.

CLARA. Lisonjero estais... y advierto
 que escaso siendo en escritos,
 sois en las palabras largo.

GONZALO. Lo direis porque...

CLARA. Lo digo
 porque algo de eso pudierais
 en el papel haber dicho;
 y el que ausente calla tanto,
 siendo tan ponderativo,
 prueba muy poco de amante.

GONZALO. y mucho de olvidadizo.
Suele el sol, bien lo sabeis,
bajo la tierra escondido,
en noche larga y oscura
hacer olvidar su brillo;
mas luego que en la mañana
bello, ardiente, puro y limpio,
se alza sobre el horizonte
con resplandores mas vivos,
con nuevo ardor nos postramos
ante sus rayos divinos.
Noche ha sido vuestra ausencia,
fué olvidaros desatino;
mas sale el sol otra vez,
y ante él otra vez me rindo.

CLARA. ¿Poeta os habeis tornado?
Permitid que os diga, amigo,
que amor que así de metáforas
anda á caza, no es cariño.
Mas siguiendo la alusion,
tambien cuando al cielo miro,
encuentro en la noche estrellas,
y una luna cuyo disco
con luz apacible y grata
reemplaza al sol escondido.

GONZALO. Pero ante él desaparecen
luego que...

CLARA. ¿Con que adivino?
¿Luna ha habido?

GONZALO. Por Dios, Clara,
dejemos... Os lo repito:
los negocios, mis deberes,
fueron tan solo el motivo...

CLARA. Turbado estais.

GONZALO. No por cierto...

CLARA. Pero...
Mi hermano. (*Se levantan.*)

ESCENA VI.

DICHOS. DON GABRIEL.

GABRIEL. Querido,

CLARA. ¿tú aqui? No me han avisado.
 Lo mandé; pero no quiso.
 GONZALO. En tan bella compañía...
 GABRIEL. ¿Bien puede esperarse?
 GONZALO. Fijo.
 De verla estoy admirado.
 ; Cuánto, amigo, ha embellecido!
 Hecha está un angel.
 GABRIEL. Lisonja.
 ; Vienes á comer conmigo?
 GONZALO. Sin duda: lo prometí;
 y á no llamarme el ministro...
 GABRIEL. Tambien estan convidados
 unos amigos antiguos.
 GONZALO. Me alegro. Recordaremos
 el dulce tiempo en que niños,
 tal vez, con menos grandezas,
 mucho mas dichosos fuimos.
 GABRIEL. Bien dicho. — ; Está ya la mesa? (*A Clara.*)
 CLARA. Algo falta.
 GABRIEL. Pues prontito:
 vé sin tardanza á avivar...
 CLARA. Luego estará todo listo;
 pues quiero quede prendado
 de mi esmero nuestro amigo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON GONZALO. DON GABRIEL.

GONZALO. ; Divina!
 GABRIEL. Suspenso estás.
 ; Qué es lo que asi te distrae?
 GONZALO. Perdona, amigo; admiraba
 aquel garbo, aquel donaire...
 GABRIEL. ; Bien por Dios! Para un ministro,
 ó poco menos, es grave
 la ocupacion.
 GONZALO. ; Por ventura
 el tierno afecto olvidaste
 que en otro tiempo...
 GABRIEL. ; Quién piensa
 ya en delirios semejantes?

Amor de niños es flor
temprana que por la tarde
ya está marchita.

GONZALO.

¿Y no queda
nada?

GABRIEL.

(*Apretándole afectuosamente la mano.*)

Amistad... y es bastante.

GONZALO.

¡Ah, Gabriel!

GABRIEL.

¿Qué?

GONZALO.

¿Cuál te engañas!

Aun tal vez ese amor arde.

GABRIEL.

Entonces, lo siento, amigo:
tendré otra vez que ausentarme.

GONZALO.

¿Qué dices?

GABRIEL.

Que consentir
en tu afecto no me es dable.

GONZALO.

¿No...? ¿Por qué?

GABRIEL.

Tu posicion...
la nuestra...

GONZALO.

¿Ese agravio me haces?
¿Cabe en mí tan necio orgullo?

GABRIEL.

No... mas otras causas...

GONZALO.

¿Cuáles?

GABRIEL.

Respóndeme con franqueza.
¿Puedo sin temor confiarte
la dicha de Clara?

GONZALO.

Y qué,
¿dudas?

GABRIEL.

Ya que haces alarde
de esa pasión... ¿es la sola
por la cual tu pecho late?

GONZALO.

¿Qué dices?

GABRIEL.

Nadie el origen
de tu suerte ignora, nadie.
Dicen que cierta condesa...

GONZALO.

¡Cielos!

GABRIEL.

¿Te turbas?

GONZALO.

¡Infames!
Y ¿han osado...?

GABRIEL.

¿Con que es cierto?

GONZALO.

Pues bien... no quiero ocultarte...
Es cierto... sí.— Bien te acuerdas;

llegué á Madrid miserable,
 sin apoyo en mi desgracia,
 ni esperanza en mis afanes.
 Un acaso — largo fuera
 este suceso contarte —
 me dió luego á conocer
 á esa muger... Era un angel
 para mí entonces... Hermosa,
 tierna, sensible y amante,
 en el abismo en que estaba
 me tendió mano amigable.
 No sé si fué gratitud,
 si fué amor... si tuvo parte
 la ambicion... ello es que en breve
 á sus pies logró postrarme.
 Perdona, amigo, perdona:
 no estaba Clara delante.

GABRIEL.
 GONZALO.

Y ¿dura ese lazo?

Dura

por mi mal.

GABRIEL.
 GONZALO.

¿Ya te cansaste?

Esa cadena ominosa
 me es pesada, insoportable.
 Quiero romperla, y no puedo:
 la gratitud me retrae.
 Y sin embargo, es preciso.
 Esa muger tan amable
 en otro tiempo, es ahora
 un cruel tirano que atarme
 pretende al yugo, y juguete
 de sus caprichos me hace.
 Por ella he de respirar:
 mi voluntad sujetarse
 debe á la suya: su antojo
 hasta en los negocios graves
 del gobierno, ha de ser ley
 ante la cual todo calle.
 Vana, imperiosa, no quiere
 amor: quiere que me arrastre
 á sus plantas, que la sirva,
 y ella despótica mande.

GABRIEL.

¡Ah! ¿compraste tu fortuna

con tan torpe vasallage?

¡Infeliz!

GONZALO.

Infeliz, sí...

Y ¡si estas penas bastasen!

Pero hay otras...

GABRIEL.

¡Otras!

GONZALO.

Todos

me envidian... ¡Necios...! No saben

que este oropel que deslumbra

capa es solo de pesares.

GABRIEL.

¿Qué escucho...? ¡Tú!

GONZALO.

Fiel amigo,

ahora á tí mi pecho se abre.

Alli donde acaso piensas

me cercan felicidades,

nada veo, nada alcanzo,

que mi existir no acibare.

¿Tengo riquezas...? son pocas.

¿Empleos...? miro delante

otros mas altos, y es fuerza

que en asaltarlos me afane.

Tú solo ves los honores

que logro... yo, miserable,

solo para el que me falta

ojos tengo perspicaces.

GABRIEL.

¿Hay alguno, por ventura,

que el cardenal no te alcance?

GONZALO.

¡El cardenal! ¿Piensas tú

que con él estoy en auge?

Te engañas... Pronto en mandar,

es tardo en recompensarme.

¿Podrás creerlo? Ayer mismo,

tras un trabajo importante,

le pedí... lo que ya tienen

otros mil que nada valen...

un hábito, una encomienda...

pues me la negó el infame.

Pero...

GABRIEL.

GONZALO.

Sé que me aborrece;

y es que teme le reemplace.

Hace bien... no estoy muy lejos...

¿Hemos de dejar nos mande

- siempre un extranjero, el hijo de un hortelano, de un nadie? No, no consiente el orgullo español que así le ultrajen.
- GABRIEL. No lo consiente... Y ya es fuerza que ese valimiento acabe. Y acabará, no lo dudes... Yo sé que no está distante.
- GONZALO. ¿Cómo...! ¿Qué dices...? ¿Acaso sabes algo...? Di... no tardes.
- GABRIEL. Sí, algo sé... Tú eres mi amigo, y es preciso que te salve.
- GONZALO. ¿Salvame...! ¿A mí...? ¿Qué hay...? Por Dios, ¿qué riesgo puede cercarme?
- GABRIEL. Escucha... De ese ministro los desacertados planes, han sublevado en su daño á toda Europa.
- GONZALO. No obstante, le temen.
- GABRIEL. Francia, Inglaterra, han resuelto derribarle.
- GONZALO. Mas tiene el favor del rey.
- GABRIEL. El rey cede á los embates de su confesor.
- GONZALO. ¿Qué dices?
- GABRIEL. Han sabido ya ganarle.
- GONZALO. Pero mientras de la reina el apoyo no le falte...
- GABRIEL. Faltará.
- GONZALO. No puede ser.
- GABRIEL. Ténlo por cierto.
- GONZALO. Y ¿si cae Albroni?
- GABRIEL. Mucho temo que en su caída te arrastre.
- GONZALO. ¿Cielos!
- GABRIEL. Únete á nosotros; es el medio de salvarte.
- GONZALO. Pero ¿cómo?
- GABRIEL. Con mi pluma pienso empezar el combate.

En una memoria debo
 hacer presentes los males
 que ese imprudente ministro
 causa á España... Puedes darme
 los datos y documentos
 que para hacerla me falten.
 Nuestros amigos sabrán
 este servicio importante.
 Conservarás tu destino...
 Y aun tal vez... En este lance
 mas de una secretaría
 habrá de quedar vacante...
 Y tus talentos, tu celo...
 Mas gente viene... Esta tarde
 podremos de sobremesa
 tratar... ¡Cuento con que guardes
 este secreto!

GONZALO. Bien puedes
 tener confianza en que calle.

ESCENA VIII.

DICHOS. DON LOPE. DON AQUILINO.

GABRIEL. ¡ Ah! nuestros amigos son.
 AQUILINO. (*Aparte, al salir, guardando un papel.*)

(Ya escribí mi memorial:
 la letra no salió mal.)

LOPE. (Allí está... ¡Qué farfanton!))

GABRIEL. ¿ Los conoces? (*A don Gonzalo.*)

GONZALO. Tengo idea...

AQUILINO. Soy Aquilino.

GONZALO. Sí, sí.

¡ Oh! bien te conozco á tí.

¿ Estás bueno?

AQUILINO. (*¡Aun me tutea!*))

Famoso... Y ¿ vos?

GONZALO. ¿ Cómo, vos?

¿ Qué modo de hablar es ese?

AQUILINO. ¿ Cómo quereis que me espese?

GONZALO. ¡ Eh! tú por tú, vive Dios.

AQUILINO. ¡ Tú por tú...! ¡ Modelo insigne

:

de amistad!

GONZALO.

Dame un abrazo.

(*Se abrazan los dos.*)

AQUILINO.

¡Dulce, delicioso lazo!

¡Que todo un mayor se digne...!

GONZALO.

(*Reparando en don Lope.*)

Mas ¿no es Lope?

LOPE.

El mismo soy.

GONZALO.

¡Calle! Parece salido

de un cuadro viejo.

LOPE.

Vestido

segun se me antoja voy.

¡Bueno es que han de criticar...!

GONZALO.

¡Siempre mal genio, gruñon?

LOPE.

Pero sano el corazon.

GONZALO.

Y ¿te estás sin abrazar

á tu amigo?

LOPE.

¡Vaya en gracia!

(*Se abrazan.*)

La verdad, yo te creía

mas engreido.

GONZALO.

Podria,

estarlo... Tu perspicacia

conoce bien que en el puesto

á que me encuentro elevado,

de mil honores cercado,

pudiera hallar un pretesto

para... Mas no: ni el favor

del ministro, ni el respeto

de que do quier soy objeto;

ni aun el brillo seductor

de una corte que me aclama,

y porque tal vez augura

ya mi grandeza futura

alza á los cielos mi fama;

nada de esto vanidad

infundir puede á mi pecho,

cuando me hallo satisfecho

en brazos de la amistad.

LOPE.

(¡Ay, ay, ay! Fui una bestia

en creer... Todo al revés;

su orgullo pasa al través

- de su fingida modestia.)
- GONZALO. De esta importuna distancia
que nos aleja, á pesar,
¡cuán grato me es renovar
los recuerdos de la infancia!
¡Dichosa edad! Aun presentes
tengo en la memoria mía
sus palabras, su alegría,
y sus juegos inocentes.
- AQUILINO. Enternecido me siento,
y lloro como un chiquillo.
- GONZALO. ¡Cuál aquel tiempo sencillo
lleno estaba de contento!
- AQUILINO. (Favorable es la ocasion:
le hallo propicio, jovial...
Desenvaino el memorial,
y entablo mi pretension.)
(*Alto, sacando su solicitud del bolsillo.*)
Amigo, si me atreviera...
- GONZALO. ¡Qué es eso?
- AQUILINO. Es un papelito.
- GONZALO. ¡Un papel!
- AQUILINO. Sí... me permito...
ya que tu amistad sincera
me da aliento... pretender...
- GONZALO. ¡Solicitudes! ¡Qué horror!
Aprovechemos mejor
este instante de placer.
Fuera negocios... Pensemos
solamente en la amistad
que nos une; y por piedad,
los papelotes dejemos.
- AQUILINO. Con todo, no estorbaria
echártelo en el bolsillo:
es para cierto empleillo...
- GONZALO. ¡Quita allá...! ¡Qué tontería!
Desde mañana podreis
ir á mi casa: sus puertas
para vosotros abiertas
á cualquier hora hallareis.
- AQUILINO. ¡Qué amabilidad! ¡qué agrado!
- GONZALO. Ya que al fin os vuelvo á ver,

no acibareis el placer
de encontrarme á vuestro lado.
AQUILINO. (Ya de tan bueno se pasa.
¿Qué le costaba tomar...?
Guardemos... Sin mas tardar
iré mañana á su casa.)
(Guarda otra vez el memorial en el bolsillo.)

ESCENA IX.

DICHOS. DOÑA CLARA.

CLARA. Señores, cuando gustéis;
la sopa está ya en la mesa.
LOPE. ¡Oh! Santa palabra es esa.
GABRIEL. Vamos luego.
GONZALO. (Ofreciendo la mano á doña Clara.)
Si gustais...
CLARA. Gracias. (Aceptándola.)
GONZALO. (Dirigiéndose á la puerta con doña Clara.)
Con vuestra licencia.
AQUILINO. ¿Qué fino...! Mas ¡voto á tal!
¿no tomar mi memorial!
Vamos á comer... ¡Paciencia!



Acto segundo.

Sala adornada con suma elegancia. Puerta á la derecha del actor, por la cual se entra de la calle. Otra puerta al foro que da paso á las habitaciones interiores de la casa. A la izquierda otras dos puertas: la una es la del gabinete de don Gonzalo, y la segunda, mas hácia el foro, da á una habitacion reservada. Mesa con escribanía. Entre las dos puertas de la izquierda, un tremó con mesa ó chimenea, y un reloj. Esta decoracion sirve para los demas actos. Al principio de éste se ven, sobre algunas sillas, la casaca, el sombrero, el espadín y los guantes de don Gonzalo.

ESCENA PRIMERA.

DON LOPE. DON AQUILINO. TORIBIO.

(Estan los tres disputando á la entrada.)

- TORIBIO. Que no está el amu les digu.
AQUILINO. Amiguito, yo bien sé
que está en casa.
TORIBIO. Está y no está:
segun y conforme, pues.
AQUILINO. Somos muy amigos suyos.
TORIBIO. Amigus tiene á granel.
AQUILINO. Nos ha mandado venir.
TORIBIO. Esu podrá muy bien ser.
AQUILINO. Pues entonces...
TORIBIO. Ya me enfadu:

en la antesala se esten.
 LOPE. ¡Eh! vámonos. De ese bruto
 no has de sacar nada.
 AQUILINO. ¡Qué!
 Si es muy amable. ¿No es cierto?
 TORIBIO. Y ¿qué se le importa á él?
 AQUILINO. Mucho que sí... Con que...
 TORIBIO. Atrás.
 AQUILINO. Sí, aquí estaremos...
 TORIBIO. ¿Non ven
 que este es el cuarto del amu?
 AQUILINO. Por lo mismo.
 TORIBIO. ¡Qué moler!
 Atrás digu.
 AQUILINO. ¿Qué mas da?
 TORIBIO. ¿Si agarru una tranca?

ESCENA II.

DICHOS. FRANCISCO.

FRANCISCO. ¡Eh!
 ¿Qué es eso?
 TORIBIO. Estus hombres...
 FRANCISCO. ¿Quando
 aprenderás á tener
 crianza?
 TORIBIO. Es que...
 FRANCISCO. Estos señores
 se dice, bárbaro.
 AQUILINO. Bien.
 Este es otro hombre. (*A Lope.*)
 TORIBIO. Es que dale
 con que han de entrar.
 AQUILINO. Ya se ve
 que sí... Somos amigotes
 de don Gonzalo; y porque él
 lo ha dicho, venimos.
 TORIBIO. Comu
 si non dijera á otros cien
 lo mismu, y jamas...
 FRANCISCO. ¡Eh! Calle.

¿Pues se habian de atrever
personas de tan buen porte
á decir lo que no es?

AQUILINO.

Ya se ve que no.

FRANCISCO.

Yo creo
que amigos deben de ser
pues lo dicen.

AQUILINO.

Y muy grandes.

FRANCISCO.

Ni el amo puede ¿entendeis?
cosas que no ha de cumplir
á ninguno prometer.

AQUILINO.

Este sí que es buen criado.

FRANCISCO.

Mas yo espero que á su vez
se harán cargo estos señores
de la razon, y esponer
no nos querrán á que el amo
nos reconvenga... Asi, pues,
no estando hoy su señoría
visible, les rogaré
que dispensen y que vuelvan
mañana... pasado... — ¿Ves, (*Bajo á Toribio.*)
majadero? Esto es hablar.

AQUILINO.

Sí... pero...

TORIBIO.

(¿Tiene un aquel!)

AQUILINO.

Veo visiones.

LOPE.

Lo dije :

¿si esto tenia que ser!

FRANCISCO.

(*Empujándolos hácia la puerta.*)

Con que, señores...

AQUILINO.

Oid...

un momento...

FRANCISCO.

No podré...

LOPE.

¿Hacerme venir para esto!

Hecho estoy un Lucifer.

Tú tienes la culpa. (*A Aquilino.*)

AQUILINO.

¿Yo?

Pero le aseguro á usted

que él mismo...

FRANCISCO.

Sí... no lo dudo...

lo creo... Mas mi deber...

mi responsabilidad...

Lo siento... pero otra vez...

Tened la bondad... Yo mismo
á acompañaros saldré...

*(Los continúa acorralando hácia la puerta con muchas
cortesias.)*

AQUILINO. Mil gracias... lo estimo... ¿Cuándo
podremos...?

FRANCISCO. Cuando gustéis.
Béseos la mano... Id con Dios...
Que volvais celebraré.

*(Los echa fuera, y les da con la puerta en la cara. Se
vuelve luego con aire de importancia hácia Toribio.)*

Ya lo has visto, majadero;
esto se llama tener
buen modo. Con todo el mundo
gastar palabras de miel;
adquirir reputacion
de bien hablado y cortés.
¿Sueltan la mosca? Adelante.
¿No sueltan? Hasta mas ver.
Se sirve al que da: al que no,
lo que con estos.

TORIBIO. Muy bien.

Aprenderéln.

FRANCISCO. No olvides
la leccion... Y hasta despues. *(Vase Toribio.)*

ESCENA III.

DON GONZALO. FRANCISCO.

(Sale Orendana con bata.)

GONZALO. ¿Y bien, Francisco?

FRANCISCO. Señor...

GONZALO. ¿Ha venido don Gabriel?

FRANCISCO. No, señor.

GONZALO. Pues en viniendo,
que entre al momento.

FRANCISCO. Está bien.

(Vase Francisco.)

ESCENA IV.

DON GONZALO. (Se sienta.)

Impaciente ya le espero.
 Con los datos que le he dado
 la memoria habrá acabado.
 El tiro será certero.
 Sí, sí, señor cardenal,
 yo me vengaré de vos,
 puesto que osais, vive Dios,
 premiar mi celo tan mal.
 ¿La encomienda me negais?
 Favor con favor se paga:
 vereis cuán presto se apaga
 ese brillo que ostentáis;
 y luego que el puesto ocupe
 do estais, deciros podré:
 lo que por vos no alcancé,
 por mí conquistarle supe.
 Roto habeis con tal desprecio
 de un vil respeto la traba;
 antes mi ambicion dudaba,
 dudar ya fuera ser necio.
 Subamos... Mas la condesa
 toda mi dicha acibara...
 ¡Ah! solo aqui, ya de Clara
 llevo la imagen impresa...
 ¡Qué hermosa estaba! Al mirar
 su hechizo, mi corazon
 volvió á la antigua pasion...
 ¡Cómo la pude olvidar!
 Y ella me ama todavía,
 bien ayer lo conocí...
 Necio, alejemos de mí...
 Tal pasion me perderia.
 ¡Yo amar...! ¡Atroz desatino!
 Medraré sin duda alguna,
 si andando tras la fortuna
 amor me sale al camino.

ESCENA V.

DON GONZALO. DON GABRIEL. FRANCISCO.

FRANCISCO. Don Gabriel de Solís. (*Anunciando.*)GONZALO. (*Levantándose.*) Bueno,
que entre al punto.(*Vase Francisco: sale don Gabriel.*)Te esperaba,
amigo, con impaciencia.
Y bien, ¿tienes acabada
la memoria?

GABRIEL. Aquí la traigo.

Mira. (*Saca un cuaderno.*)

GONZALO. Muy bien.

GABRIEL. Algo larga;
pero...GONZALO. No importa: el asunto
lo exige: tela cortada
aun habría para más.GABRIEL. He querido antes de darla
á la prensa, que despacio
la leas.GONZALO. Pues sin tardanza
vamos...GABRIEL. No: lejos de aquí
cierto negocio me llama.
Quédate con ella: á solas
podrás luego examinarla.GONZALO. Mejor será... ¿Dónde piensas
imprimirla?

GABRIEL. Pienso en Francia.

GONZALO. Sé de una imprenta secreta
donde con toda confianza
podrás...

GABRIEL. ¿Sí? Pues lo prefiero.

GONZALO. Yo hablaré al dueño.

GABRIEL. Y ¿quién saca
la copia? Pues no quisiera
que mi letra...

GONZALO. Es cierto.

GABRIEL. Aguarda...

Acaso nuestro Aquilino...

GONZALO.

Tienes razon.

GABRIEL.

Con la gracia
que tiene... Ya sabes.

GONZALO.

Sí:

la que ayer tarde contabas.

GABRIEL.

Fuera de ser muy callado,
ni aun notará...

GONZALO.

¡Cosa rara!

En fin, mejor que otro alguno
será él... ¿Sabes su casa?

GABRIEL.

Él y Lope estan ahí.

GONZALO.

¿Han venido?

GABRIEL.

Se marchaban;

mas yo los hice volver;

esperan en la antesala.

GONZALO.

Muy bien.

GABRIEL.

Hasta luego.

GONZALO.

Abur.

GABRIEL.

¡Ah! toma: se me olvidaba
volvete...

GONZALO.

¿Los documentos?

GABRIEL.

Y tus notas.

GONZALO.

Bueno... ¿Nada

se ha estraviado?

GABRIEL.

No... A Dios. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON GONZALO. FRANCISCO.

GONZALO.

¡Francisco!

FRANCISCO.

¡Señor!

GONZALO.

Que traigan

el chocolate.

FRANCISCO.

Voy luego.

GONZALO.

¡Ah! Dos sugetos que aguardan
ahí fuera...

FRANCISCO.

Es verdad... Dijeron

que es usfa quien los llama.

GONZALO.

Sí... Que entren luego.

(*Vase Francisco. Don Gonzalo se sienta y se pone á leer el manuscrito.*)

Veamos
cómo empieza. — Buena entrada:
me gusta... Tiene una pluma
este buen Solís que pasma.

ESCENA VII.

DON GONZALO. DON LOPE. DON AQUILINO. FRANCISCO.

(*Don Gonzalo continúa leyendo sin reparar en nada. Don Aquilino y don Lope salen sin hacer ruido.*)

- AQUILINO. Al fin logré colarme,
y es preciso con gracia presentarme;
que aunque es tan buen amigo,
siempre de urbanidad las reglas sigo.
- LOPE. ¡Que tan débil yo sea,
que aquí cual pretendiente hora me vea,
tan solo por seguirte!
- AQUILINO. Hazme el favor, amigo, de no irte;
pues tengo el genio corto,
y en viéndome solito ya me corto.
- LOPE. ¡Nos recibe sentado!
- AQUILINO. En algún grave asunto está engolfado.
- GONZALO. (¡Qué lógica! ¡qué estilo!) (*Leyendo.*)
- LOPE. ¡Ni aun repara en nosotros!
- AQUILINO. En un hilo
tengo el alma... Es forzoso
acercarme... ¡Amiguito!
- GONZALO. (*Leyendo.*) (¡Primoroso!)
- AQUILINO. ¡Gonzalo!
- GONZALO. (¡Es un portento
este trozo!)
- AQUILINO. ¡Amiguito!
- LOPE. (*Tomando una silla.*) Yo me siento.
- AQUILINO. ¡Qué haces, hombre...? Hazte cargo...
- LOPE. Aguardo á que despierte del letargo.
- GONZALO. ¡Quién es...? ¡Ah! Buenos días,
Aquilino... Pensé que no venias.
- AQUILINO. ¡Yo no venir? ¡Oh cielo!
Cuando era el verte mi mayor anhelo.
- GONZALO. ¡Y Lope?

LOPE. Está presente.

GONZALO. ¡Ah! (*Reparando en él y admirándose de verle sentado.*)

LOPE. Felices, amigo.

GONZALO. (*Aparte.*) (¡Impertinente!)
Siéntate. (*Con ironía.*)

LOPE. Por si es pulla,
lo estoy... No he de quedarme como grulla.

(*Sale Francisco con el chocolate y le coloca sobre la mesa.*)

FRANCISCO. ¡Señor!

GONZALO. Bien. — Con permiso.
(*A Lope y á Aquilino.*)

¿Si gustais...?

AQUILINO. Buen provecho. — (Ahora es preciso,
pues la ocasion es buena,
cogerla sin tardar por la melena.)

(*Don Aquilino saca su memorial. Don Gonzalo sigue tomando el chocolate sin hacer gran caso de los dos amigos.*)

GONZALO. Y bien, amigos míos,
¿qué hay de bueno?

LOPE. No sé. (*Con sequedad.*)

AQUILINO. Con estos frios
el estanque se ha helado.

LOPE. ¡Gran novedad! ¿Y no se ha publicado
en la Gaceta?

AQUILINO. (*Aparte.*) (El pliego
es este... Antes que acabe se le entrego.)
¡Amigo...!

GONZALO. Y de la guerra,
¿qué dicen por ahí? ¿Con Inglaterra
habrá paz?

AQUILINO. Dios lo haga.
¡Oh! ¡la guerra! ¡la guerra! ¡es una plaga!
Aqui traigo...

GONZALO. Sospecho
que eres un estadista de provecho.

AQUILINO. Sí... Con esa confianza...

GONZALO. ¿Y qué hablan de la cuádruple alianza?

AQUILINO. ¿La cuádruple?

LOPE. Si ignora...

AQUILINO. Dicen que está muy buena esa señora.

(*Se echan á reir don Gonzalo y don Lope.*)

¡Qué demonios de risa!

(*Ya acabó.*)

(*Don Gonzalo acaba de tomar el chocolate, se levanta y dice á Francisco:*)

GONZALO. Vamos tú, vísteme á prisa.

Perdonad la franqueza:

os trato como amigos.

AQUILINO. ¡Qué llaneza!

LOPE. Esto pasa de raya.

AQUILINO. (Y no le entrego el memorial... ¡mal haya...!)

GONZALO. ¡Qué torpe estás, maldito! (*A Francisco.*)

AQUILINO. Te ayudaré, si quieres, un poquito.

(*Le ayuda á ponerse la casaca.*)

GONZALO. Gracias.

AQUILINO. He sido page.

GONZALO. El espadín.

FRANCISCO. No le hallo. (*Buscándole.*)

GONZALO. ¡Qué corage!

AQUILINO. No te enfades por eso.

Toma. (*Cogiéndole de donde está, y dándosele.*)

LOPE. (*Aparte.*) (Para eso sirve este camueso.)

GONZALO. Eres muy buen muchacho.

AQUILINO. Siempre fui servicial y vivaracho.

(¡Ó cuánto tiempo pierdo...!

Entreguemos...)

GONZALO. Ahora que me acuerdo:

si no me han engañado,

tienes muy buena letra.

AQUILINO. La he cursado

bastante. ¿Quieres verla?

Aquí traigo... (*Le da el memorial.*)

GONZALO. Muy bien.

AQUILINO. Soy una perla

para esto de...

GONZALO. Me agrada.

AQUILINO. Con tanta habilidad no gano nada.

GONZALO. ¿Quieres ser mi escribiente?

LOPE. ¡Famoso empleo!

AQUILINO. No hay inconveniente...

GONZALO. Casa tendrás, y mesa;

cien doblones al año; y la promesa
te hago de un buen empleo.

AQUILINO. Colmas con eso, amigo, mi desco.

GONZALO. Pues quedas instalado.

Luego que haya este escrito revisado
una copia pretendo
que saques al instante.

AQUILINO. Eso corriendo.

Ya soy feliz, amigo. (*A Lope.*)

LOPE. Te doy la enhorabuena.

GONZALO. A Dios.

AQUILINO. ¿Te sigo?

GONZALO. No... Mas escucha. (*Volviendo.*)

AQUILINO. Escucho.

GONZALO. Eres mi amigo.

AQUILINO. Sí.

GONZALO. Te quiero mucho.

Pero ya te haces cargo
que entre los dos ahora el trecho es largo.
Sin ser yo vanidoso,
guardar cierto decoro me es forzoso;
y oyerá criticarme
si te vieran aquí de tú tratarme.

AQUILINO. ¡Ah!

GONZALO. Desde este momento
acostúmbrate á darme el tratamiento.
No es cosa tan molesta,
y decir señoría poco cuesta.

AQUILINO. Ya... ya...

LOPE. Dios guarde á usía,
mi señor don Gonzalo.

GONZALO. (*Volviendo y con despego.*) ¡Ah! no advertía...

Abur... Sabes la casa:
cuando gustes venir...

LOPE. (*La ira me abrasa.*)

GONZALO. Como ahora lo has sido
en ella serás siempre recibido. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON LOPE. DON AQUILINO.

(Don Lope furioso, y don Aquilino muy contento, pasean con paso largo la escena, cruzándose repetidas veces.)

LOPE. Estoy volado, furioso.
 AQUILINO. Ya tengo, en fin, lo que quiero.
 LOPE. ¡Estos los amigos son!
 AQUILINO. ¡Qué hombre tan noble, tan bueno!
 LOPE. ¡Recibirnos de este modo!
 AQUILINO. ¡Darme á mí tan buen empleo!
 LOPE. ¡Tratarnos con tal orgullo!
 AQUILINO. ¡Su escribiente nada menos!
 LOPE. ¡Tengo una rabia!
 AQUILINO. ¡Con casa!
 LOPE. Me da intencion...
 AQUILINO. ¡Y el cubierto!
 LOPE. Es un vil.
 AQUILINO. ¡Y cien doblones!
 LOPE. ¡Ó qué furor!
 AQUILINO. ¡Qué contento!
 LOPE. (Asiendo fuertemente por el brazo á Aquilino.)
 ¿No es verdad que es un tunante, un mal hombre, di, no es cierto?
 ¿Quién?
 AQUILINO. Orendana.
 LOPE. No tal:
 AQUILINO. es amigo verdadero.
 LOPE. ¿Estás satisfecho de él?
 AQUILINO. Sí, lo estoy: muy satisfecho.
 LOPE. Anda; que eres un pobre hombre.
 AQUILINO. Poco á poco, caballero:
 no hay que insultarme. Yo soy...
 LOPE. Un cuitado.
 AQUILINO. ¿Cómo es eso?
 LOPE. Un mentecato.
 AQUILINO. ¡Cuidado!
 LOPE. Un tonto.

AQUILINO. ¡Por vida!
 LOPE. Un necio.
 AQUILINO. Como me llegue á enfadar...
 LOPE. Merecias...
 AQUILINO. ¿Qué merezco?
 LOPE. Ser...
 AQUILINO. ¿Qué?
 LOPE. ¿Lo digo?
 AQUILINO. Sí: dílo.
 LOPE. Escribiente no: portero. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON AQUILINO, solo.

Ya se ve que lo sería,
 y á dos manos tomaría,
 sin que me importase un rábano,
 el ser portero mayor:
 que es empleo de provecho,
 y entre velas de desecho,
 papel, gages, y otras cúbicas,
 hecho estuviera un señor.
 Mas aquí tengo mi avío:
 ¡ó qué fortunon, Dios mio!
 Salíome esta vez mi cálculo,
 y Dios me ha venido á ver.
 Aunque el sueldo es algo exíguo,
 que hay provechos averiguo;
 y si entiendo la farándula,
 podré triplicar mi haber.
 Es una mina palacio;
 ¡y mi humilde cartapacio
 con ministeriales rúbricas
 tornárase un Potosí!
 Sino, cuéntelo mi amigo:
 él era un pobrete... y digo:
 miren si con linda mónita
 supo hacer su agosto aquí.
 No tengo ambición de gloria;
 y dar vueltas á una noria
 debe el que con bulla y trápala

aspira al favor real;
 mas un empleito bobo
 donde en mi silla me arrobo
 y cobro puntual las nóminas,
 es la dicha celestial.
 Y si amor al fin me pica,
 y encuentro una novia rica
 brindándome con su tálamo
 entre holandas y cambray,
 me dormiré sin orgullo
 de su voz al blando arrullo;
 y olvidando al munto estólido
 seré feliz si los hay.

ESCENA X.

DON AQUILINO. LA CONDESA.

CONDESA. (*Entrando.*) No importa, no, quiero entrar.
 AQUILINO. Alguien se acerca... ¡Ay de mí!
 una señora... Tomemos
 un aire noble y civil.
 CONDESA. (*Saliendo.*) No hay que avisarle.
 AQUILINO. (*¡Que lástima*
 que mi vestido esté así!)

CONDESA. ¿Quién será este caballero?
 AQUILINO. ¡Ó qué hermosa! ¡qué gentil!
 CONDESA. ¿Y don Gonzalo?
 AQUILINO. Señora...
 (*¡Qué bien puesta!*)

CONDESA. ¿No está aquí?
 AQUILINO. Se halla en ese gabinete.
 CONDESA. ¿Visible?
 AQUILINO. No sé decir.
 CONDESA. Ya; como no sois de casa...
 AQUILINO. Yo... señora... permitid...
 que os diga...
 CONDESA. ¿Qué?
 AQUILINO. Que lo soy.
 CONDESA. Como nunca en ella os vi.
 AQUILINO. Es verdad: hace un instante
 me acaban de recibir.

- CONDESA. ¿ De criado ?
- AQUILINO. ¡ Oh! no por cierto.
- CONDESA. ¿ De mayordomo ?
- AQUILINO. Subid ;
pico mas alto.
- CONDESA. ¿ De qué ?
- AQUILINO. He estudiado, sé latin ;
aun he arrastrado bayetas
allá en Valencia del Cid ;
y nada menos, señora,
que un bachiller veis en mí.
- CONDESA. (Este hombre es un mentecato.)
- AQUILINO. (La anonadé.)
- CONDESA. Pero al fin...
- AQUILINO. De mi señor don Gonzalo
soy... (¿ Cómo lo he de decir ?)
secretario.
- CONDESA. ¿ Secretario ?
- AQUILINO. Secretario. — (Algo mentí ;
mas debo honrar el destino :
todo al cabo es escribir.)
- CONDESA. Pues os doy la enhorabuena.
- AQUILINO. Yo la recibo, y *merci*,
como dicen los franceses.
- CONDESA. ¿ Habis estado en París ?
- AQUILINO. He servido á un diplomático ;
y há tres años por Abril
que fuí con él de embajada
á la corte del rey Luis.
- CONDESA. Pues sois, amigo, un estuche.
¿ Donde os pudo descubrir
don Gonzalo ?
- AQUILINO. Hace ya tiempo
que nos conocemos.
- CONDESA. ¿ Sí ?
- AQUILINO. Hemos estudiado juntos ;
y era tan diestro y sutil,
que él hacia las maldades,
y me pegaban á mí.
- CONDESA. Lo creo.
- AQUILINO. Por eso somos
uña y carne hasta morir.

- CONDESA. ¡Hola! ¡Hola!
- AQUILINO. Y así ayer
cuando á encontrarle volví...
- CONDESA. ¿Ayer? Pues ¿en dónde?
- AQUILINO. En casa
de don Gabriel de Solís
nuestro amigo.
- CONDESA. No conozco...
- AQUILINO. Postigo de San Martin,
número seis.
- CONDESA. ¿Qué me importa?
- AQUILINO. Soy puntual en referir.
- CONDESA. Mas ese Solís ¿quién es?
- AQUILINO. Vino hace poco á Madrid.
- CONDESA. ¿A qué?
- AQUILINO. No sabré deciros.
Mas lo cierto es que comí
ayer con él y Orendana.
(¿Qué misterio es este...? ¡Él ir...!)
- CONDESA. Tiempo hacia ya que estábamos
separados. ¿Qué feliz
momento aquel! ¡Y cuán dulce
vernos juntitos allí!
- AQUILINO. Y porque nada faltase,
hasta una niña gentil
con dos ojos como soles
y un rostro de serafin.
- CONDESA. (¡Una muger...! Si por ella...)
¿Cómo...! ¿Una jóven, decís?
- AQUILINO. Sí.
- CONDESA. ¿Bella?
- AQUILINO. Divina.
- CONDESA. ¿Y es?
- AQUILINO. La hermanita de Solís.
- CONDESA. ¿Su hermana...! Ayer la veria
por vez primera... ¿Es así?
- AQUILINO. ¡Qué! si se han criado juntos.
- CONDESA. ¿Juntos!
- AQUILINO. Y si he de decir
lo que siento... (Tente, lengua;
ya iba á charlar.)
- CONDESA. Proseguid.

- AQUILINO. Nada, nada.
- CONDESA. Pero ¿qué?
- AQUILINO. ¿Qué os importa á vos ni á mí?
- CONDESA. Curiosidad... ¿Se querrán?
- AQUILINO. ¡Eh! ¡eh! sería mentir...
- CONDESA. ¿Con que se aman?
- AQUILINO. Yo no digo nada de eso.
- CONDESA. Lo leí en vuestros ojos.
- AQUILINO. Mis ojos mienten.
- CONDESA. ¡Pérfido! ¡Hombre vil!
- AQUILINO. (¡Qué afán por averiguar!)
- CONDESA. No pienses que he de sufrir...
- AQUILINO. (¿Qué mosca la pica?)
- CONDESA. ¡Infiel!
- AQUILINO. ¿Merece premio tan ruin la condesa de Figueras?
- AQUILINO. (¡La condesa...! Ahora sí que la hice buena. ¡No es nada! ¡Su protectora...! ¡Ah, mastin!)
(*Se da de bofetadas.*)
- CONDESA. ¿Qué haceis?
- AQUILINO. Nada... Era una abispa.
- CONDESA. Me he de vengar.
- AQUILINO. ¡Por San Gil!
- Aquello ha sido una chanza.
¡Tener él ese deslíz!
Pues bonito es para... ¡Y ella!
No va el agua por ahí.
Y luego... no vale nada...
Es fea... Quiero decir...
fea no... pero... una cosa...
ni agua ni pescado... así...
sosa... sin gracia... pues... eso...
sin gracia... ¡Vaya...! Si hay mil leguas de distancia entre ella y... (¡Jesus! Iba á añadir otra necedad... Me embrollo...
En buen lío me metí.)

ESCENA XI.

DICHOS. DON GONZALO.

- GONZALO. Iba en tu busca, Aquilino.
; Ah! señora... permitid...
- CONDESA. Por mí no os incomodeis.
- GONZALO. Escucha.
- AQUILINO. Ya escucho: di...
- GONZALO. ; Ah! olvidaba..., diga usía.
(*Apartándole á un lado.*)
Hallarás con que escribir
en aquel cuarto... Al instante
del papel que ves aqui
me has de sacar una copia.
- AQUILINO. Es la letra de Solís. (*Mirando el manuscrito.*)
- GONZALO. Sí... calla... Es un documento
que importa no descubrir.
Conviene mucho el secreto.
- AQUILINO. Ya sabes que yo...
- GONZALO. Sí, sí;
por eso en tí solo fio.
No tardes.
- AQUILINO. Me he de lucir.
Seis pliegos... Aunque no duerma,
esta noche les doy fin. (*Vase.*)

ESCENA XII.

LA CONDESA. DON GONZALO.

- GONZALO. (; Esta muger...! Su presencia
llega á serme insoportable.)
- CONDESA. (Sí... lo conozco... es culpable.
Ya le turba la conciencia.)
- GONZALO. (Si yo pudiera evitar...) (*Quiere irse.*)
- CONDESA. ; Qué es eso? ; Os vais?
- GONZALO. ; Ah! señora...
Perdonad... Me llama ahora...
Necio he sido en olvidar...
- CONDESA. ; Olvidar! Defecto es ese
que hace algun tiempo os aqueja.

- GONZALO. ¿ A mí ?
- CONDESA. A vos.
- CONZALO. ; Injusta queja!
- CONDESA. Harto justa, aunque me pese.
- GONZALO. No sé...
- CONDESA. ¿ No? Pues entre ciento,
citaros puedo un olvido.
- GONZALO. ¿ Cuál ?
- CONDESA. El de ayer.
- GONZALO. No he podido...
No me dejan ni un momento...
- CONDESA. ; Bravo chasco me llevé!
Yo que obsequiaros queria...
Todas mis galas lucia,
nuevo aderezo estrené...
La corte entera alli estaba :
hubo baile, se cantó...
Nada á la funcion faltó,
sino aquel por quien se daba.
- GONZALO. Me detuvo el cardenal
despachando hasta muy tarde.
- CONDESA. De embustero haceis alarde ;
mas hora mentís muy mal.
- GONZALO. ; Cómo, señora...!
- CONDESA. ¿ Pues no ?
¿ Ignorais que su eminencia
la funcion con su presencia
honrar tambien se dignó ?
- GONZALO. No lo ignoraba... Por eso:
mientras él se divertia,
yo con mi deber cumplia ;
y toda la noche preso...
- CONDESA. Falso, traidor: tu mentira
de tu delito es la prueba.
; Que á engañarme asi se atreva!
¿ No temes mi justa ira ?
- GONZALO. ; Oh, qué necia desconfianza !
- CONDESA. ¿ Quién te detuvo? ¿ dó fuiste ?
Lejos de mí ; qué te hiciste ?
Habla... pronto... ; ah, qué tardanza !
- GONZALO. Señora, por Dios, mirad...
- CONDESA. ¿ Piensas, infiel, que lo ignoro ?

- No, que tus pasos esploro,
y sé toda la verdad.
- GONZALO. Abusais de vuestro imperio,
señora... Es cierto, un amigo
me detuvo ayer consigo,
y no hay en esto misterio.
- CONDESA. Sí, don Gabriel de Solís.
- GONZALO. El mismo... Pues lo sabeis...
- CONDESA. Tarda confesion haceis;
y aun no todo lo decís.
- GONZALO. ¿Qué mas...?
- CONDESA. ¿No tiene una hermana?
- GONZALO. Sí, tiene.
- CONDESA. Jóven, hermosa...
- GONZALO. Puede.
- CONDESA. Tierna, cariñosa...
- GONZALO. No sé.
- CONDESA. Que á su yugo, ufana,
os sujetó...
- GONZALO. ¿Teneis celos?
- CONDESA. Vamos, eso es delirar.
- GONZALO. Queréislo en vano negar.
- CONDESA. Dejad tan necios recelos.
- GONZALO. ¿No es dudado mi temor?
- CONDESA. (Con ironía.)
Será esa niña un portento.
- GONZALO. ¿Quién dice...?
- CONDESA. Gracia, talento:
hecha, en fin, para el amor.
- GONZALO. Por Dios...
- CONDESA. Y ¡qué señorío
habrá en su talle, en su porte!
Vendrá á asombrar á la corte.
¿No es verdad...? ¡Ah! ¡ah! me río.
- GONZALO. Pero...
- CONDESA. Su aire provinciano
va á dar gran golpe en Madrid.
¿Cuándo veremos, decid,
á la hermana y al hermano?
- GONZALO. Ya el sufrimiento me falta.
Bien está... Pues así os plugo,
rompiendo mi odioso yugo,

toda mi bilis se exalta.
 Libre, en fin, me miro ya;
 y volviendo por mi honor,
 lo que hasta aquí fuera amor,
 odio, desprecio será.
 ¿Qué decís?

CONDESA.

GONZALO.

La gratitud

no exige que me envilezca,
 ni que á tal punto carezca
 este pecho de virtud.
 Mucho habeis hecho por mí,
 no lo niego: proteccion,
 generosa compasion,
 y aun amor os merced:
 con vos mi deuda es inmensa,
 mi voz do quier lo declara;
 mas ya, cuando se echa en cara,
 el beneficio es ofensa:
 ni es el amor, en verdad,
 digno de tenerse en cuenta,
 si exigir en premio intenta,
 en vez de amor, libertad.
 Yo amor os dí, lo sabeis:
 en ello escaso no he sido;
 mas no amante, envilecido,
 solamente me queréis.
 Basta, pues, basta, por Dios:
 nuestra suerte así lo ordena:
 rompamos tan vil cadena,
 quedemos libres los dos.

CONDESA.

Bien... muy bien... seguid... con calma...
 lo veis... escuchando estoy...
 oídos atenta os doy...
 abrid con franqueza el alma.
 Tuvísteis que fingir mucho...
 ya el disimulo dejais...
 Qué... ¿mas denuestros no hallais?
 Proseguid... hablad... Ya escucho.
 Señora, yo...

GONZALO.

CONDESA.

Mas ¿qué veo?

¡Bajas la vista, traidor!
 ¡Ah! mi venganza mayor

fuera cumplir tu deseo.
 Pues bien, sí... libre te dejo
 de esta bárbara opresion:
 respire tu corazon...
 ¿Quieres mas...? De tí me alejo.
 A Dios... Vive ya contento...
 Mas oye... en tu compañía,
 por tu infame alevosía,
 te dejo el remordimiento.
 ¡Ah!

GONZALO.
 CONDESA.

Pues ¿qué piensas? ¿Asi
 se engaña á una desdichada?
 ¿Asi se dice: no hay nada...
 A Dios... no te conocí?
 No, por mucho que se haga,
 siempre el amor deja brecha:
 podrá arrancarse la flecha,
 pero alli queda la llaga.
 Yo á un pérfido solo pierdo,
 leve será mi dolor;
 tú... no sentirás mi amor,
 mas te ahogará mi recuerdo.
 ¡Condesa!

GONZALO.
 CONDESA.

Y ¡osas quejarte!
 Y ¡osas hablar de opresion!
 ¡Opresion! Tienes razon;
 pero dime, ¿de qué parte?
 ¿Qué te he pedido yo, ingrato?
 Que me amaras, lo dijeras,
 y que á mi lado estuvieras
 en dulce amoroso trato.
 ¿Opresion esto se llama?
 ¡Ah! sí, lo es, y terrible;
 mas opresion insufrible
 solo para quien no ama.
 ¡Yo sí que he sido tu esclava!
 Por conservar tu pasion,
 halagaba tu ambicion,
 tus gustos adivinaba.
 ¿Qué capricho, qué deseo
 me has visto nunca negarte?
 Solo servite, ensalzarte,

era mi afan, mi recreo.

Y ¿dices que no te amo?

Pues ¿qué es lo que he hecho por tí?

¿Qué son mis suspiros, di,

y este llanto que derramo?

¿Cuál interes me arrastraba?

¿Será entre afanes y menguas

el de mi honor puesto en lenguas

que antes tan puro brillaba?

Esta es, infiel, mi ganancia:

desprecio, infamia, rubor:

este el premio es de mi amor:

esto logra mi constancia.

Dichas, glorias y contento,

todo ha sido para tí,

solo me quedan á mí

llanto y arrepentimiento.

GONZALO.

Por Dios, condesa, calmaos...

Si alguien entrase y os viera,

¿de vos, de mí que dijera?

Secad el lloro.

CONDESA.

Apartaos.

Dejadme ya con mi pena:

no me habéis, hombre funesto:

os abomino, os detesto.

GONZALO.

El despecho os enagena.

Lo confieso, me escedí...

Dije... lo que no sentía...

Dudábais de la fé mía,

y no fuí dueño de mí.

Dejad un vano recelo;

no dudeis de mi pasión:

es vuestro mi corazón;

cifro en vos mi único anhelo.

Ni otra beldad me enamora,

ni aunque agradarme lograra,

luego su imagen borrará

esa gracia encantadora.

Mi arrebató perdonad:

á vuestras plantas lo pido;

y solo aguardo rendido

una muestra de piedad.

CONDESA. (*Secando las lágrimas, y mirándole con sonrisa y cariño.*)

¿De veras?

GONZALO.

¿Aun lo dudais?

CONDESA.

Mucho me habeis enojado.

GONZALO.

De hoy mas será mi cuidado complaceros.

CONDESA.

¿Lo jurais?

GONZALO.

Lo juro.

CONDESA.

¿Y esa muger?

GONZALO.

Tan solo como á una hermana la miro... Y se irá mañana.

CONDESA.

¡Ah! no os debiera creer; mas siempre es débil quien ama.

Tomad. (*Le da la mano, que él besa.*)

GONZALO.

¡Ah...! Secad á prisa

el llanto, y vuelva la risa á avivar la muerta llama de esos ojos.

CONDESA.

Ya lo está...

Ya me río... estoy contenta...

¿Y vos?

GONZALO.

La esperanza alienta mi corazon... Ya no habrá riñas, disturbios.

ESCENA XIII.

DICHOS. FRANCISCO.

FRANCISCO.

Señor...

GONZALO.

¿Qué me queréis?

FRANCISCO.

Su eminencia

reclama vuestra presencia.

GONZALO.

Voy. — Os dejo con dolor; pero cumplir es preciso...

Marchad.

CONDESA.

GONZALO.

(*Esto me liberta...*)

¡Hola! El coche.

FRANCISCO.

Está á la puerta.

GONZALO.

Si me dais vuestro permiso... (*A la condesa.*)

CONDESA.

Le tencis.

GONZALO. Dame el sombrero... (*A Francisco.*)
los guantes.—¿Gustais, señora,
de un asiento?

CONDESA. Por ahora
ir en mi coche prefiero.

GONZALO. Como os plazca. ¿Si hasta él
gustais que os sirva?

CONDESA. Eso sí.

(*Don Gonzalo da la mano á la condesa.*)

GONZALO. (¡Siempre esclavo, pése á mí!)

CONDESA. (Poco fio de este infiel.)





Acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

DON GONZALO. DON GABRIEL.

GABRIEL. ¿Qué es lo que tienes?
GONZALO. ¿Yo? Nada.
GABRIEL. Parece que triste estás.
GONZALO. Figuracion.
GABRIEL. De lo hecho
tal vez te arrepientes ya.
GONZALO. No tal.
GABRIEL. Sí, sí: lo conozco.
GONZALO. Si he de decir la verdad,
el paso ha sido arriesgado;
y en mi posicion...
GABRIEL. Verás
¿qué buen efecto...!
GONZALO. He cedido
con harta facilidad;
y mi obligacion...
GABRIEL. Consiste
en ser vasallo leal.
Esta empresa le acredita
al rey tu fidelidad;
tú sirves al soberano,
no sirves al cardenal.
GONZALO. Sí, pero temo que al fin...
GABRIEL. No hay nada que recelar.
Se ha llevado en este asunto

todo con sigilo tal,
 que ni sospecha Alberoni
 quién tan buen golpe le da.
 Impresa nuestra memoria
 en Francia aparece estar,
 y no hay en Madrid ahora
 personage principal
 que no la haya recibido.
 Hasta leído la habrá
 el monarca; y tengo datos
 para creer...

GONZALO.

Necedad.

El rey la ha leído, sí;
 y aunque al pronto vacilar
 hizo su ánimo indeciso,
 en breve la habilidad
 del ministro consiguió
 parar el golpe fatal.

GABRIEL.

No importa: hoy mismo tal vez
 esa opinion cambiará.
 La certeza de los hechos
 hoy demostrarle sabrán,
 disipándose por fin
 su funesta ceguedad.

GONZALO.

Mas ¿piensas tú que el ministro
 en tanto se dormirá?
 Él es astuto, atrevido,
 inmensa es su actividad;
 y si descubre... No há mucho
 que hecho le he visto un volcan;
 y en su furor, el encargo
 me ha dado de averiguar
 el autor de la memoria.
 Ponderaba mi lealtad,
 prometiéndome... ¿quién sabe...?
 cuanto yo con mas afan
 puedo apetecer... honores,
 puestos...

GABRIEL.

Mas dicho no habrás...

GONZALO.

De tan negra villanía
 ¿me supondrias capaz?

GABRIEL.

No, amigo mio, perdona...

Pero haz por disimular:
Anímate... No hay remedio,
echado está el guante ya;
y es preciso...

- GONZALO. Sí... Con todo,
no sé qué me hace temblar...
- GABRIEL. Así eres siempre... Al principio,
cuando oídos solo das
á los ecos generosos
de tu corazón leal,
un noble fuego te anima,
te arriesgas á todo... Mas
si el temor, si la ambición
la frente llegan á alzar,
ya vacilas, retrocedes...
- GONZALO. No lo tema tu amistad;
y por tí, si es necesario,
me sabré sacrificar.
- GABRIEL. Bien... Mas tan terrible trance
nunca, amigo, llegaré.
A Dios... Urgentes negocios
me llaman... Hasta alcanzar
el fin de esta grande empresa,
no descanso.
- GONZALO. ¿ Volverás ?
- GABRIEL. Luego.
- GONZALO. Pues á Dios.
- GABRIEL. Silencio.
- GONZALO. Puedes sin cuidado estar.

ESCENA II.

DON GONZALO, solo.

En su presencia, Dios mío,
avergonzado me encuentro.
Imprudencia ha sido en mí...
¿ Qué mas puede mi deseo
apetecer ? ¿ No me basta
con este encumbrado puesto ?
¿ No halagan mis esperanzas
nuevos honores y empleos ?

Pero si del cardenal
 el poder viniere al suelo,
 me arrastrará en su caída,
 y entonces... No, siempre es bueno
 en las tormentas políticas
 tener seguro algun puerto.
 Estemos á ver venir,
 y obremos como discreto.

ESCENA III.

DON GONZALO. DON AQUILINO.

- AQUILINO. Ya tiene usía extractado,
 como usía lo ha dispuesto,
 el espediente de propios;
 y si usía gusta verlo...
- GONZALO. Mira, Aquilino, está bien
 que me des el tratamiento
 cuando hay gentes, porque entonces
 es forzoso tal respeto;
 pero cuando estamos solos
 á ser amigos volvemos,
 y en el trato familiar
 del usía te relevo.
- AQUILINO. ¡Oh amigo noble y sublime!
 ¡Hagan un día los cielos
 que también una escelencia
 te llegue á dar como un templo.
- GONZALO. Tengo un encargo que darte.
- AQUILINO. ¿Es algun extracto nuevo?
 ¿Copia de alguna consulta?
 ¿Un estado?
- GONZALO. Nada de eso.
- AQUILINO. ¿Algun ajuste de cuentas?
 Pues también sabes que entiendo...
- GONZALO. No.
- AQUILINO. ¿Arreglar tu papelera,
 donde todo está revuelto?
- GONZALO. Tampoco.
- AQUILINO. Pues ¿qué?
- GONZALO. No es cosa
 de tu destino.

:

- AQUILINO. No acierto...
- GONZALO. Una comision.
- AQUILINO. Ya estoy ;
un recado... Voy corriendo.
- GONZALO. Notado habrás que aqui viene
cierta señora.
- AQUILINO. Sí... creo
haber visto... Una muy guapa,
buenos ojos, pelo negro,
graciosa, amable... y ¡un lujo!
Es de la corte embeleso.
- GONZALO. Me parece que...
- AQUILINO. ¿ Qué ?
- GONZALO. Nada...
- AQUILINO. nada... sino que... sospecho...
- GONZALO. ¡ Ah, bribon ! ¡ Qué malicioso
eres !
- AQUILINO. Y aunque fuera cierto,
¿ qué mal habria... ? Flaquezas...
Todos estamos sujetos...
- GONZALO. Pues lo confieso, acertaste.
Rindióme á su dulce imperio.
- AQUILINO. Cuando digo... ; Tengo un ojo... !
- GONZALO. Cuidado con el secreto.
- AQUILINO. Como caido en un pozo
en mí estará, no haya miedo.
(¡ Buen secreto, y ya lo sabe
medio Madrid por lo menos !)
- GONZALO. La condesa... pues sabrás
que es condesa.
- AQUILINO. Por supuesto :
- GONZALO. la condesa de Figueras.
- AQUILINO. Todo lo sabes.
- AQUILINO. Observo.
- GONZALO. Pues bien, la condesa tiene
á veces muy vivo el genio.
- AQUILINO. Y ¿ habrá reñido contigo ?
- GONZALO. Sí... Tuvimos con efecto
cierto disgustillo... nada
en conclusion.
- AQUILINO. Pero luego
¿ habreis firmado las paces ?

- GONZALO. Al punto... ¿Quién duda eso?
 AQUILINO. Nubecillas que al amor
 le prestan encanto nuevo.
 GONZALO. Para acabar de aplacarla
 le quiero hacer un obsequio.
 AQUILINO. Bien pensado.
 GONZALO. Mira.
 (*Saca de un cajon de la mesa un estuche pequeño.*)
 AQUILINO. ¿A ver?
 ; Unas arracadas! ; Bueno!
 Me gustan... ; Cuánto han costado?
 GONZALO. Sobre unos quinientos pesos.
 AQUILINO. ; Cáspita! ; Qué caro...! Y ; puedes...?
 GONZALO. Para todo da el empleo.
 Ahora bien, para mandárselas
 necesito un mensajero.
 AQUILINO. ; Y de mí te has acordado?
 GONZALO. Sí, amiguito.
 AQUILINO. Lo agradezco.
 GONZALO. No te pesará entablar
 con ella conocimiento.
 Es muger que tiene influjo,
 puede servirte de empeño;
 y si le caes en gracia,
 si eres servicial, discreto...
 AQUILINO. Eso queda de mi cuenta.
 GONZALO. Las arracadas te entrego,
 y no tardes.
 AQUILINO. Quedarás
 de mi actividad contento. (*Vase don Gonzalo.*)

ESCENA IV.

DON AQUILINO, solo.

Pues, señor, dejo la pluma,
 y echo mano al caduceo.
 El empleo, á la verdad,
 aqui que decirlo puedo,
 no es que digamos muy... ; Toma!
 En escrúpulos andemos,
 y... Luego ; á qué se reduce

todo? A llevar este obsequio.

(*Mirando las arracadas.*)

¡Qué riqueza! ¡Qué trabajo!

Vamos, no hay mas, me resuelvo:

todo disculparlo deben

unos diamantes como estos.

¡Y el estuche...! Mas ¡qué apuro!

Le echo á perder si le llevo

en el bolsillo... ¿Qué haré?

¡Toma...! Es facil... buen remedio...

En uno de estos papeles

que aqui traigo me le envuelvo,

y no hay cuidado.

(*Saca varios papeles del bolsillo, y eligiendo uno guarda los demas, y envuelve en él la caja con mucho cuidado.*)

Este... sí...

De nada sirve... Es el pliego

de aquella bendita copia

en que cayó el borron... Bueno,

asi está bien... Ahora voy

sin mas tardar... Mas ¡qué veo?

¡La condesita! Venir

no podia á mejor tiempo.

ESCENA V.

DON AQUILINO. LA CONDESA.

CONDESA. ¡Oh! ¡oh! señor secretario,

¿tanto bueno por aqui?

Parece que huis de mí.

AQUILINO. Señora, muy al contrario:

os iba ahora á buscar.

CONDESA. ¿A mí?

Sí.

CONDESA. Pues ¿qué sucede?

¿Qué suerte feliz me puede

tal honra proporcionar?

AQUILINO. El honrado seré yo;

pues colmándose mi anhelo,

en aproximarme al cielo

- yo soy quien gano , vos no.
- CONDESA. Sois galan , y bien se advierte
que habeis las aulas cursado:
ni un rendido enamorado
se esplicára de otra suerte.
- AQUILINO. Por algo , sin que os ofenda ,
está amor en lo que os digo.
- CONDESA. Me permitireis , amigo ,
que ese enigma no comprenda.
- AQUILINO. Tal vez con mi charla os canso :
perdonad mi audacia loca ;
mas si habla amor por mi boca ,
habla por boca de ganso.
- CONDESA. No os entiendo.
- AQUILINO. Hay en el mundo
cierta persona acuitada
por creeros enojada.
- CONDESA. ¿ De veras ?
- AQUILINO. Dolor profundo ,
inconsolable , hasta ver
en esos labios la risa.
- CONDESA. ¡ Tanto pena ! Pues á prisa ,
hacédmela conocer.
- AQUILINO. ¿ No os lo dice , en vez de mí ,
el corazon ?
- CONDESA. ¡ Qué , señor !
Él es muy poco hablador :
no dice ni tanto asi.
- AQUILINO. Há tiempo que ardiendo está
de esa luz á los reflejos ;
y acaso de aqui no lejos...
- CONDESA. ¡ Ay ! acabáramos ya .
¿ En esta casa ? Os comprendo :
que sigais no es necesario...
Para mas que secretario
que servís , amigo , entiendo.
- AQUILINO. No es estraño... la amistad...
me sacrificio por ella...
ésta siempre fué mi estrella ;
me perderá mi bondad.
- CONDESA. Pero , en fin...
- AQUILINO. Fiel mensagero ,

pongo esta alhaja preciosa
á las plantas de la hermosa
que es de mi amo el bien primero.

(La da el estuche envuelto en el papel: ella le desenvuelve, y le abre.)

CONDESA. A ver, á ver... ¡Qué riqueza!

AQUILINO. No iguala vuestro valor.

CONDESA. Deslumbra su resplandor.

AQUILINO. Le desaira esa belleza.

Junto á los carrillos rojos,
de los ojos al compas,
no sé cuál brillará mas,
los pendientes ó los ojos.

CONDESA. Es el regalo precioso,
y el mensajero tambien.

AQUILINO. (Le dí golpe: ya estoy bien,
¡O Aquilino venturoso!)

CONDESA. Decir podeis al amigo
que aprecio fineza tanta.

AQUILINO. A ser voy con rauda planta
de su alegría testigo.

(Viendo que llama su atencion la letra del papel que envolvía el estuche.)

Mas ¿qué mirais...? ¿Ese escrito?

Tal vez la letra os agrada.

CONDESA. Mucho... Parece grabada.
¡Qué carácter tan bonito!

AQUILINO. Es mia.

CONDESA. Sea en buen hora:
teneis grande habilidad.

AQUILINO. Sin que sea vanidad,
á todo el mundo enamora.

CONDESA. ¡Qué veo...? Del cardenal
se habla aqui.

AQUILINO. ¡Cómo...! ¿Del qué?

CONDESA. Del ministro.

AQUILINO. Yo no sé...

CONDESA. Sí, señor... Y se habla mal.

AQUILINO. ¡Mal! ¡Dios mio!

CONDESA. ¿Dónde he visto...?

No es nuevo esto para mí...

En aquel impreso... sí...

no hay que dudar.

AQUILINO. (¡Voto á Cristo!
¿ Si habré hecho algun desacierto?)

CONDESA. Cabalmente aqui he guardado
el ejemplar que me han dado.

(*Saca un cuaderno impreso, y se pone á cotejar.*)

A ver... por aqui... pues... cierto.

Dicho y hecho... sí... cabal.

La misma frase... la propia...

Este papel es la copia,
y estotro el original.

¡ Háse visto...! ¿ Con que vos...?

¡ Yo, señora...!

AQUILINO.

CONDESA.

¡ Caso horrendo!

AQUILINO.

Si una palabra comprendo,
que me ahorquen, vive Dios.

CONDESA.

¿ Contra el ministro escribís
un libelo infamatorio?

AQUILINO.

¡ Yo escribir...! Por San Liborio,
mirad bien lo que decís.

CONDESA.

¿ Osais negar...? ¿ Cómo es eso?

¿ Qué todavía se atreva
cuando está clara la prueba...!

Ved lo escrito, ved lo impreso.

AQUILINO.

¿ Con que lo que dice aqui,
tambien dice alli?

CONDESA.

Lo mismo.

AQUILINO.

¡ Vaya un diablo de embolismo!

¿ Con que lo mismo?

CONDESA.

Sí, sí.

AQUILINO.

Pues la vez primera es esta
que eso llega á mi noticia.

CONDESA.

Daré parte á la justicia.

AQUILINO.

¡ Santo Dios! ¡ Copia funesta!

CONDESA.

Este es un crimen de estado,
y de lesa-magestad.

AQUILINO.

¿ De lesa...?

CONDESA.

Sí.

AQUILINO.

Por piedad...

CONDESA.

Y sereis ahorcado.

AQUILINO.

¡ Ahorcado!

CONDESA.

Por conspirador.

AQUILINO.

Señora,
yo hombre quieto, inofensivo,
yo que contra nadie escribo,
¿osára escribir ahora
contra un ministro? ¡Buen Dios!
¿No es vuestro el escrito?

CONDESA.

AQUILINO.

CONDESA.

AQUILINO.

CONDESA.

AQUILINO.

CONDESA.

AQUILINO.

CONDESA.

AQUILINO.

CONDESA.

AQUILINO.

CONDESA.

AQUILINO.

CONDESA.

AQUILINO.

CONDESA.

AQUILINO.

CONDESA.

AQUILINO.

CONDESA.

CONDESA.

CONDESA.

AQUILINO.

CONDESA.

AQUILINO.

CONDESA.

Os juro...

Pues al autor, de seguro,
conoceis, si no sois vos.

Tampoco.

Bien... Pagareis
por cómplice.

¡Virgen Santa!
Tiró el diablo de la manta...

¿Con que decir no quereis...?

Yo solo sé que Orendana
me lo dió para copiar,
y copié sin reparar,
como quien hace una plana.

¡Don Gonzalo!

Cabalito.

¡Don Gonzalo!

Él me lo dió.

Y ¿copiar os lo mandó?

Y con prisa, y callandito.

¡Cielos! ¿Acaso sería
suyo?

Tanto no penetra
mi ingenio.

Mas de su letra
el manuscrito estaria.

Eso no.

¿No? ¿Qué decís?

Pues ¿de quién? Hablad.

¿Lo digo?

Sí, sí, por Dios.

De su amigo.

¿De don Gabriel de Solís?

El mismo.

¿El de la hermanita?

Ese.

¿Estais cierto?

- AQUILINO. Seguro.
- CONDESA. ¡Ah, vil!
- AQUILINO. (Salí del apuro.)
- CONDESA. Alguna infamia medita.
Él es sin duda el autor
del libelo.
- AQUILINO. Lo sospecho;
que es escritor de provecho.
- CONDESA. Es un pérfido, un traidor.
- AQUILINO. Mucho que sí.
- CONDESA. Falso amigo;
y á Orendana el desleal
va á comprometer.
- AQUILINO. Cabal.
- CONDESA. Para perderle.
- AQUILINO. Eso digo.
- CONDESA. Mas no importa. Ya discurro
cómo su arrojo insolente
castigar... sí... Cabalmente
viene Orendana.
- AQUILINO. Me escuro.
(*Vase corriendo por el foro.*)

ESCENA VI.

LA CONDESA. DON GONZALO.

- GONZALO. ¿Condesita, vos aquí?
- CONDESA. ¿Cuál de veros me alborozo!
- GONZALO. Gracias.
- GONZALO. Pensaba ponerme
á los pies vuestros tan pronto
como me lo permitieran
mis importantes negocios.
- CONDESA. Os lo agradezco: ese afán
de un tierno afecto es muy propio.
- GONZALO. ¿No habreis visto todavía
á mi escribiente, supongo?
- CONDESA. Sí, le he visto.
- GONZALO. Y ¿os ha dado...?
- CONDESA. Unos pendientes preciosos.
Vedlos aquí.

GONZALO.

Perdonad

si es el obsequio tan corto.
La espresion de mi cariño
debeis mirar en él solo.

CONDESA.

El ser don vuestro le da
precio infinito á mis ojos.

GONZALO.

¡Divina!

CONDESA.

Mas hora hablemos

de asuntos serios un poco.
¿Sin duda conoceis ya
este escrito?

GONZALO.

Le conozco.

CONDESA.

¿Qué os parece?

GONZALO.

La pregunta,

señora, me deja absorto.

Me parece... lo que á vos.

CONDESA.

Que es infame, calumnioso.

GONZALO.

Pues...

CONDESA.

Y que su autor merece
un castillo.

GONZALO.

No me opongo.

CONDESA.

Y ¿no sabeis vos quién es?

GONZALO.

¿Yo...? No, señora... lo ignoro.

CONDESA.

¡Cosa estraña! Vuestro empleo
os obligaba...

GONZALO.

Ya pongo

los medios, y mis agentes
por descubrirlo andan locos.

CONDESA.

¿De veras?

GONZALO.

¿Dudáislo?

CONDESA.

No;

pero deben ser muy topos;
pues una muger consigue
lo que ellos no.

GONZALO.

¿Cómo? ¿cómo?

CONDESA.

Que yo todito lo sé
sin esbirros ni alborotos.

GONZALO.

¿Vos?

CONDESA.

Yo.

GONZALO.

Imposible.

CONDESA.

Sé tanto

que os ha de causar asombro;

y aun puede tambien que alguno
se cubra aqui de sonrojo.

GONZALO.

Pero...

CONDESA.

¿Os turbais?

GONZALO.

¿Yo, señora...?

CONDESA.

La verdad en vuestro rostro
leyendo estoy.

GONZALO.

¿Pensais que...?

CONDESA.

Que andais vos en este embrollo :
claríto.

GONZALO.

¿Me acusais?

CONDESA.

Sí;

porque nada, nada ignoro.

GONZALO.

¿Direis que soy el autor...?

CONDESA.

No lo sois ; pero es lo propio.
Es vuestro amigo , el Solís ,
el hermano del pimpollo
que hora os trae vuelto el juicio,
y que es un bribon de á folio.

GONZALO.

¿Qué idea !

CONDESA.

Decid que no ,
juradlo... ¿Dudais?

GONZALO.

De modo...

CONDESA.

¿ Quereis pruebas ?

GONZALO.

¿Las teneis!

CONDESA.

Sí, todos sabrán muy pronto
que es un traidor.

GONZALO.

Por piedad,
callad, callad... Si algun otro
os escuchára...

CONDESA.

¿ Ya en fin
confesais... ?

GONZALO:

¿ Ah! Yo tan solo
tengo la culpa... Yo soy
quien intentaba ambicioso,
derribando al cardenal ,
reemplazarle junto al solio.
Yo soy...

CONDESA:

Gritad , eso es ,
elevad aun mas el tono ;
que os oigan , que todos sepan
lo que tan solo nosotros

sabemos aún.

GONZALO.

Pues qué,

¿nadie sino vos...? ¡Oh gozo!

CONDESA.

Por una casualidad
este misterio conozco;
y nadie hasta ahora...

GONZALO.

Entonces

á vuestra amistad me acojo:
no querreis perderme, no:
vuestro afecto cariñoso...

CONDESA.

Calmaos, que harto yo misma
en vuestro favor abogo,
y harto sabeis que indulgente
mayores culpas perdono.

GONZALO.

¡Oh generosa muger!

CONDESA.

¿Me amais?

GONZALO.

¡Si os amo! Os adoro.

CONDESA.

¿Pero y la otra...?

GONZALO.

¿Volvemos

á las andadas?

CONDESA.

Del todo

no estoy tranquila.

GONZALO.

¿Qué haré

para calmar...?

CONDESA.

No os propongo

lo que pienso, porque...

GONZALO.

Hablad:

desde luego me conformo...

CONDESA.

¿Lo hareis?

GONZALO.

Sí.

CONDESA.

¡Mirad...!

GONZALO.

Decid,

y vereis...

CONDESA.

Con mi reposo

á un tiempo obtener podreis
de vuestras ansias el logro.

GONZALO.

¡Ah! pues no tardeis, hablad...

CONDESA.

Es que el rumbo ha de ser otro.
De derribar al ministro
ya el proyecto es ilusorio.

GONZALO.

Lo sé.

CONDESA.

Le he visto: se encuentra

con el libelo furioso...
Y el que descubra á su autor...

GONZALO.

¡Eh! ¿qué decís?

CONDESA.

No hay tesoros,
no hay empleos, no hay honores
que no diera generoso...

GONZALO.

Mas, señora...

CONDESA.

Y con un hombre
como vos, no tendrá coto
su gratitud.

GONZALO.

Es que...

CONDESA.

Ya
en esperanza os asocio
á su ministerio.

GONZALO.

En fin,
¿dixeis qué he de hacer?

CONDESA.

Muy poco:
solamente revelar...

GONZALO.

No sigais, que me abochorno
de oiros... ¿Me conocéis?

CONDESA.

¿Yo...? ¿Qué pregunta!

GONZALO.

Supongo
que no, pues infamia tal
me proponeis.

CONDESA.

¿Qué alboroto
por nada!

GONZALO.

¿Ser delator
de un amigo candoroso
que en mí se fia...? A tal precio
yo la grandeza no compro.

CONDESA.

Bien... sea... ni tal escrúpulo
en voz repruebo tampoco.
Ser fiel siempre á la amistad
es cosa digna de elogio...
Sedlo, pues... Mucho os lo alabo...
Mas yo no tengo ese estorbo.
El don Gabriel no es mi amigo,
con que asi bien puedo...

GONZALO.

¿Cómo!
¿Qué intentais?

CONDESA.

Nada... Acá tengo
mi plan. A Dios.

GONZALO.

CONDESA.

GONZALO.

CONDESA.

Pero...

Corro...

Deteneos... no permito...
Amiguito, no me opongo
á que vos hagais alarde
de afectos nobles, heróicos.
Es vuestro deber... El mio
en esta ocasion es otro.
Si os corresponde callar,
yo hablaré.

GONZALO.

CONDESA.

Por Dios...

No os oigo.

Debo descubrir las tramas
que hoy amenazan el trono;
debo salvaros á vos,
aunque merecislo poco;
y quiero por fin que ese hombre
y su hermana, á quienes odio,
vayan donde ya no puedan
causarme celos ni enojos.
Con que abur.

GONZALO.

CONDESA.

Tened.

No quiero.

Mi amor primero que todo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON GONZALO, solo.

¡Oh qué malvada muger!
¡Amor dice...! No: le cobro
odio, aversion... y lo juro,
ya de hoy mas con ella rompo.
Mas en tanto irá... ¡Dios mio!
Mil peligros miro en torno
de mi amigo... A toda costa
de ellos salvarle es forzoso.
Voy á su casa antes que...
No... á que me vean me espongo,
y comprometo... Mejor
será escribirle... Tampoco:
pueden hallarle mi carta,

y entonces mas riesgos corro.
 ¿Qué haré...? No sé... ¡Buena idea!
 Aquilino.

ESCENA VIII.

DON GONZALO. DON AQUILINO.

AQUILINO. ¿Qué hay?
 GONZALO. Vé pronto:
 corre á casa de Solís,
 no te pares.
 AQUILINO. Muy bien, tomo
 el sombrero, y voy...
 GONZALO. Escucha
 el recado.
 AQUILINO. Soy un tonto:
 es verdad.
 GONZALO. Si no le encuentras,
 corre de un extremo al otro
 todo Madrid hasta hallarle.
 Dile que de ningun modo
 vuelva á su casa; que vaya
 á la de Lope...
 AQUILINO. ;Qué embrollo!
 GONZALO. Le amenazan grandes riesgos,
 y salvarle me propongo.
 Que no salga, que de nadie
 se deje ver.
 AQUILINO. ;Qué demonios!
 GONZALO. La noche está cerca: así
 que oscurezca, iré de incógnito...
 Mas corre, vuela, no tardes.
 AQUILINO. Corro, vuelo. — (¡San Antonio!
 Todo se vuelve tramoyas,
 y para sustos no como.)
 GONZALO. Me tiro un pistoletazo
 si libertarle no logro.

Acto cuarto.

ESCENA PRIMERA.

DON AQUILINO. Luego FRANCISCO.

(*Es de noche: hay luces.*)

AQUILINO. (*Saliedo muy sofocado, y mirando al reloj.*)

¡Las diez! ¡Lo que he corrido desde el anochecer! Estoy molido. Por fin, pude encontrarle, y en casa del buen Lope agazaparle: no fué la prisa en vano; si me descuido, zás, le echan la mano.

¡Miren la condesita, cómo fué con el cuento la maldita!

(*Viendo salir á Francisco.*)

¡Hola, Francisco, amigo, y ¿el amo?

FRANCISCO.

Está en palacio.

AQUILINO.

(*Lo que digo:*

¿qué le importaba á ella...?

Es por fuerza tan mala como bella.)

¿Há mucho que ha salido?

FRANCISCO.

Un buen rato: por señas que se ha ido de un humor endiablado.

AQUILINO.

¿Por qué?

FRANCISCO.

Juan el portero me ha contado que hay grandes novedades.

AQUILINO.

¿Novedades?

FRANCISCO. Terribles.
 AQUILINO. ¿Sí?
 FRANCISCO. ;Maldades!
 AQUILINO. ¿Pues qué?
 FRANCISCO. Se ha descubierto
 una conspiracion.
 AQUILINO. ¿De veras?
 FRANCISCO. Cierto.
 AQUILINO. Mas ¿dónde...?
 FRANCISCO. En una casa —
 ;Si es increíble á veces lo que pasa! —
 ha tenido noticia
 de no sé qué papeles la justicia;
 y en ella se ha encajado,
 y toditos allí los ha pillado.
 AQUILINO. ;Oiga!
 FRANCISCO. Entre ellos estaba
 de cierto escrito audaz que impreso andaba
 el borrador entero,
 contrario al cardenal, segun infiero.
 AQUILINO. ;Mire usted qué insolencia!
 FRANCISCO. Y han hallado ademas correspondencia
 entre altos personajes
 que en la horca irán luego á hacer visages.
 AQUILINO. ;Cómo...! ;Hay alguno preso?
 FRANCISCO. Debíó tener noticia del suceso
 el pícaro taimado
 que andaba en la tramoya, y se ha fugado.
 Mas no importa, esta noche
 se mandarán espresos.
 AQUILINO. Pára un coche.
 El amo... Corred pronto. (*Vase Francisco.*)

ESCENA II.

DICHOS. DON GONZALO.

AQUILINO. (*solo.*)
 ;Qué enredos! De esta vez me vuelvo tonto.
 ;Qué mísero destino
 te mete en estas bromas, Aquilino?
 Muy buena plaza es esta;
 :

mas ¡cuántas pesadumbres ya me cuesta!
(Sale don Gonzalo enfurecido. Tira sobre la mesa sombrero y guantes. Francisco le sigue.)

FRANCISCO. ¿Manda algo usía?

GONZALO. Nada...

Nada quiero... marchaos.

FRANCISCO. *(Bajo á don Aquilino al marcharse.)*

Hay tronada.

(Don Gonzalo se sienta despechado.)

GONZALO. ¡Ah! Me ahoga la ira:

á escitar mi furor todo conspira.

AQUILINO. *(De mal talante viene.)*

GONZALO. En mi rabia no sé qué me contiene.

¡A tal punto se entrega

al rencor un ministro! ¡asi le ciega!—

(Reparando en don Aquilino.)

¡Ah...! ¿Eres tú?

AQUILINO. Sí, querido.

GONZALO. Aquí me ves rabioso, enfurecido.

AQUILINO. Mas ¿qué diablos sucede?

GONZALO. Es cosa que aguantar ya no se puede.

Pensaba que aunque vano,
ambicioso, falaz, avaro, insane,
compasivo sería,

y un resto de piedad conservaría...

Pues nada de eso, nada...

De tigre debe ser su alma malvada.

¿No es cierto, di, no es cierto

que es un infame, un vil?

AQUILINO. ¿Quién...? *(Estoy muerto.)*

GONZALO. El ministro.

AQUILINO. ¡El ministro!

Hombre, ¿qué osas decir? *(¡Vaya un registro por el que sale!)*

GONZALO. ¿Quieres

desmentirme?

AQUILINO. No tal. Lo que dijeres,

lo mismo pienso y digo...

Es ya costumbre en mí... Pero ¡ay amigo!

¡un ministro...! ya sabes...

GONZALO. Solo falta, bribon, que me le alabes.

AQUILINO. Ya sé que no hay motivo...

- GONZALO. Es un hombre cruel y vengativo.
- AQUILINO. Mira, si así le muerdes,
que te pierdes, amigo... y que me pierdes.
- GONZALO. ¿Sabes en su ira loca
qué amenazas salieron de su boca?
No pude contenerme,
y en favor de Solís iba á esponerme.
- AQUILINO. ¡Cielos! ¿Le has replicado?
- GONZALO. Buenas ganas, á fé, se me han pasado.
Mas ¿qué se dice á un hombre
que se enfurece solo con su nombre?
- AQUILINO. (*Mirando á todas partes, y acercándose á don Gonzalo.*)
(Nadie escucha.)— Confieso
que es un monstruo, una plaga... Pero eso,
en vez de alzar el grito,
es preciso decirlo muy bajito.
- GONZALO. ¿Acaso yo le temo? (*Levantándose.*)
- AQUILINO. Tú no... pero yo sí... Si hasta ese extremo
hoy tu crédito alcanza,
á mí me puede ahorcar en su venganza.
- GONZALO. Lo que mas me volaba,
es— ¿lo creerás?— que el falso me abrazaba.
- AQUILINO. ¿A tí?
- GONZALO. Porque creía
que era yo quien la trama descubria.
- AQUILINO. ¿Tú?
- GONZALO. Yo; que así lo ha dicho
esa infame condesa.
- AQUILINO. ¡Oh, qué mal bicho!
¡La tengo ya una rabia!
- GONZALO. Pues... Ella con su mónita y su labia
arma todo este enredo.
- AQUILINO. Y ¿no la has desmentido?
- GONZALO. ¿Acaso puedo?
Mas ¿Gabriel?
- AQUILINO. Escondido
está en casa de Lope.
- GONZALO. No le podido
verle como pensaba.
- AQUILINO. Por desdicha en su casa ya no estaba.
Fui corriendo á buscarle,

y al cabo de dos horas pude hallarle.
 Al oír tu recado
 su riesgo conoció: voló exhaído
 queriendo en el momento
 sus papeles salvar: mas vano intento,
 pues ya cuando llegamos,
 cercada de soldados encontramos
 su casa, y á galope
 tuvimos que escapar á la de Lope.

GONZALO.

¡O cielos! Y ¿su hermana?

AQUILINO.

Allí quedó metida en la jarana.

GONZALO.

¡Desdichada Clarita!

AQUILINO.

Susto pasado habrá la pobrecita.

Volver por ella quiso

Gabriel; mas contenerle fué preciso.

GONZALO.

¡Ah! voy...

FRANCISCO.

(Sale y anuncia.) Don Lope Estrada.

GONZALO.

¡Lope...! ¡O Dios! ¿Qué sucede? — Dadle entrada.

ESCENA III.

CON GONZALO. DON AQUILINO. DON LOPE.

GONZALO.

Y bien, amigo, ¿qué traes?

LOPE.

¿Lo que traigo? ¡Voto á san!

Una ira que me ahoga;

estoy dado á Barrabás.

GONZALO.

¿Qué sucede?

LOPE.

¿Qué sucede?

Y ¿lo osas tú preguntar?

Sucede que eres un falso,

un traidor, un desleal.

AQUILINO.

¡Jesus, qué hombre!

GONZALO.

¿Eso me dices?

LOPE.

Esto te digo, y tres mas.

¡No que no...! Pues cabalmente

hecho me encuentro un volcán;

y á eso vengo, y reventára

si tuviera que callar.

GONZALO.

Mas ¿qué motivo...?

LOPE.

¡Motivo!

¿Te parece poco ya,

mal hombre, el faltar vilmente
al honor, á la amistad?
¿Quieres mas, responde, infame?
¿quieres mas aún?

GONZALO.
AQUILINO.

Yo...
Está

loco.

LOPE.

¿Vendes á tu amigo,
y no es bastante maldad?

GONZALO.

¡Yo vender...!

LOPE.

Sí, lo sé todo;
y Gabriel de pe á pa
me lo ha contado. — Sabias
lo del folleto.

GONZALO.

Es verdad.

LOPE.

Entrabas en la tramoya,
y era... ¡picardía tal...!
era para delatarle,
y con la traicion medrar.
¡Si hay hombres que...! Por perderlos
de vista, ganas le dan
á uno de ir con las fieras
en un desierto á habitar.

GONZALO.

Qué, ¿piensa Gabriel acaso...?

LOPE.

Sí, piensa.

GONZALO.

¡Ó cielos! ¿Tan mal
juzga de mí que me cree
de tanta infamia capaz?
¡Yo delatar á mi amigo!
¡Yo venderle...! ¡Ah! por piedad,
decid que soy ambicioso,
vano, altivo... así será;
pero ¡pérfido, traidor,
falso amigo...! No, jamas.
¿Luego no has sido...?

LOPE.

Tal duda

GONZALO.

es un agravio mortal
que ambos me haceis.

LOPE.

Pero ¿cómo...?

GONZALO.

Por una casualidad,
que aun ignoro, se ha sabido
este secreto fatal.

Del riesgo que le amagaba
á Solís quise salvar...
y le salvaré, lo juro,
aunque me pierda.

LOPE.

¿Lo harás?

GONZALO.

¿Puedes dudarlo?

LOPE.

Eso no.

Pero es fuerza, sin tardar,
buscar un medio... En mi casa
no está bien... Le buscarán...
saben que yo soy su amigo,
y luego, la vecindad...
¿Qué ha de estar seguro...! Nada...
le pillan... no hay que dudar.
Pues bien, le ofrezco la mia.
¿La tuya!

GONZALO.

LOPE.

GONZALO.

LOPE.

GONZALO.

Sí.

Y ¿osarás...?

En todas, menos en esta,
oculto le juzgarán.
Sobre todo, en tal peligro
le debo un asilo dar.

Es mi amigo: que le niego
mi proteccion no dirán;
y aun á costa de mi vida
cumpliré con la amistad.

LOPE.

Eso me gusta... Asi quiero
á los hombres, ¡voto á tal!
Venga un abrazo... Esto solo
me basta á reconciliar
contigo.

AQUILINO.

Es rasgo admirable
que le ha de hacer inmortal.

GONZALO.

(Señalando la puerta última de la izquierda.)

¿Ves aquel cuarto...? Por él
á una habitacion se va
que á nadie sirve... Allí puede
Solís sin peligro estar;
que en casa solo un criado
de confianza lo sabrá.

AQUILINO.

¿Qué criado...! Aquí estoy yo;
yo tambien quiero imitar

tu heroísmo.

GONZALO. ¿Tú, Aquilino?

AQUILINO. Yo.

LOPE. Bien.

AQUILINO. Llama celestial
me anima... Amistad sagrada,
me sacrifico en tu altar.

GONZALO. Por una puerta secreta
introducirle podrás.

AQUILINO. Sí, la puertecita falsa
que á la callejuela da.

GONZALO. Pero hasta la una, al menos,
será preciso esperar;
pues convienen al sigilo
la noche y la soledad.

LOPE. Muy bien... Voy corriendo...

GONZALO. Aguarda.

Y ¿Clara?

LOPE. ¿La hermana? Está
en su casa. Los esbirros,
cansados ya de esperar,
se fueron... Ahora de paso
la he visto.

GONZALO. Pues convendrá
que venga tambien... Me ocurre
para mas seguridad...
Sí, sí... Nadie la conoce...
Sin secreto la traerás...
Diré que es una parienta;
y así no se estrañará
que esté ese cuarto habitado.

AQUILINO. Buena idea.

LOPE. A Dios.

GONZALO. ¿Estás?

Primero á Clarita.

LOPE. Sí.

GONZALO. Por la puerta principal.

LOPE. Bien.

GONZALO. Y despues á la una...

LOPE. Lo haré con puntualidad. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON GONZALO. DON AQUILINO. Luego FRANCISCO. Luego UN PORTERO.

GONZALO. ¡ Ah! Mi opreso corazon
ya, en fin, respira y se ensancha.

AQUILINO. Eres un héroe, un portento
de amistad acrisolada;
y con Pilades y Orestes
os comparará la fama.

(Sale Francisco.)

FRANCISCO. Señor.

GONZALO. ¿ Y bien?

FRANCISCO. Un portero
del ministerio... Le manda
con urgencia el cardenal.

GONZALO. ¡ Cómo! ¿ A estas horas...? Me pasma.
¿ Qué sucederá? Decidle
que entre.— Oid... Aquella estancia
preparad luego... Esta noche,
dentro de un rato, á ocuparla
vendrá una parienta mia
que ha llegado de... de Málaga.
¿ Estais?

FRANCISCO. Sí, señor. (Vase.)

GONZALO. ¡ Tan tarde!

¿ Qué será?

AQUILINO. Alguna embajada.

(Sale el portero con un pliego grueso.)

GONZALO. ¿ Qué hay?

PORTERO. Este pliego...

(Le da el pliego: don Gonzalo mira el sobre.)

GONZALO. ¡ Tres luego!

PORTERO. La contestacion aguarda
su eminencia.

GONZALO. A ver...

(Abre el pliego, del cual saca unos papeles y una carta,
que lee con grande agitacion, y al acabarla se deja
caer abatido en un sillón.)

¡ Gran Dios!

AQUILINO. (Acercándose á él asustado.)

¿ Qué te ha dado?

GONZALO. Nada... nada.

PORTERO. Señor...

GONZALO. Necesito tiempo...

No es posible hasta mañana...

PORTERO. Esta noche la respuesta

quiere el cardenal sin falta.

Dice que hasta recibirla

no se acuesta.

GONZALO. (¡No le parta
un rayo!) Pues bien... volved
luego.

PORTERO. ¿Cuándo?

GONZALO. No estoy para...

Dentro de dos horas.

PORTERO. Beso

á usía la mano. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON GONZALO. DON AQUILINO.

GONZALO. ¡O rabia!

AQUILINO. ¿Qué hay? ¿Qué ocurre? Te has quedado
sin color.

GONZALO. No me faltaba

mas que esto para...

AQUILINO. ¡Dios mio!

¿Te han quitado ya tu plaza?

GONZALO. ¡Ojalá!

AQUILINO. ¿Mas malo que eso?

¿Puede haber mayor desgracia?

GONZALO. Toma... lee.

(*Le da la carta. Don Aquilino la lee en voz alta.*)

AQUILINO. "Amigo don Gonzalo. La importancia de los papeles descubiertos en casa del traidor Solís exige prontas y enérgicas providencias. Quiero esta noche misma dar cuenta á S. M.; y por lo tanto os remito adjuntos todos los documentos para que inmediatamente hagais sobre ellos un informe, pintando con los mas vivos colores toda la magnitud del atentado, y proponiendo cuanto creais conducente al castigo de los culpados."

GONZALO.

Ya lo ves:

quiere en su furia inhumana
hacerme contra un amigo
ministro de sus venganzas.
Quiere sea, vive el cielo,
su acusador... Y no basta:
quiere señale el castigo
que sobre su frente caiga.
Pero él, ¿qué sabe... ?

AQUILINO.

GONZALO.

Primero

se abrirá bajo mis plantas
la tierra. — Estoy por mandarle
mi dimision.

AQUILINO.

GONZALO.

¿Qué bobada !

Sí, sí: mas vale dejar
un puesto vil que me amarra
á su cadena, do es fuerza
inmolarle hasta mi fama.

AQUILINO.

GONZALO.

Pero hombre...

Asi como asi,
hoy dia no le harán falta
hombres viles que se presten
á sus caprichos é infamias. |

AQUILINO.

GONZALO.

Pues si lo mismo ha de ser,
con tu renuncia ¿qué ganas?

Ya está visto: si ese monstruo
sigue rigiendo la España,
para los hombres de bien
no hay refugio ni esperanza. (*Se levanta.*)

— Tambien ha sido ocurrencia
encargarme á mí... ¿No hallaba
otro mas...? ¿Será malicia?

¿Habrà leido en mi cara
que me intereso por...? No:
sabe mi celo, le agrada
mi expedicion, y por eso...

Mas ¿acaso en cuerpo y alma
le estoy vendido...? ¿Soy yo
su esclavo...? Y en su arrogancia
¿piensa he de sacrificarle
mis afecciones mas caras?
Nunca, jamas.

AQUILINO. ¡Ay...! ¿Qué miro?

¿Has leído esta posdata?

GONZALO. ¿Una posdata? No.

AQUILINO. Escucha.

(*Leyendo.*)

Para vuestra satisfacción os advierto que en premio de los servicios que me habeis prestado, y particularmente de este último, llevaré á S. M. con la consulta el decreto concediéndoo una de las mejores encomiendas en la orden de Calatrava. Tambien pienso hablarle de una pensión, y de otras mercedes que no dudo os conceda S. M.

GONZALO. ¿Cómo...! ¿A ver...? Sí... ¡Vaya en gracia!

¡Milagro...! Ahora se acuerda...

Ya era tiempo... ¡Y lo guardaba para esta ocasion...! Dirán que es de mi traicion la paga.

AQUILINO. Deja que digan.

GONZALO. No, no:

sus ofertas y amenazas desprecio igualmente.

AQUILINO. Pero...

GONZALO. No me seduce ni engaña.

AQUILINO. ¿Qué importa lo que dijeren, si el otro entre tanto escapa?

GONZALO. Tienes razon... no caía...

AQUILINO. Mira que el tiempo se pasa.

GONZALO. Ello es preciso tomar un partido.

AQUILINO. Cierto.

GONZALO. Vaya, pues no hay remedio... aquí mismo...

Toma asiento.

(*Don Aquilino se sienta á la mesa para escribir y empieza por cortar una pluma. Don Gonzalo toma tambien una silla, y se sienta á poca distancia de la mesa, examinando los papeles.*)

¡Oh, qué apurada situacion...! Atado al yugo del déspota que avasalla mis acciones... — ¡Estás?

AQUILINO. Sí.

GONZALO.

¡Debiendo, porque él lo manda,
sofocar mis sentimientos,
servir su rencor, su saña...!

—Escribe lo que te dicto.

AQUILINO.

Ya está la pluma cortada.

GONZALO.

No te pares... — ¡Qué diré? —

Veamos... —

(*Recorriendo los papeles.*)

¡Jesus, qué cartas!

¡Tambien ha sido imprudencia
en ese Solís guardarlas!

AQUILINO.

Hay hombres tan insensatos
que en ningun riesgo reparan.

GONZALO.

Pon. — (*Dictando.*) “Un atentado..” — No...

Eso es muy fuerte. — “Una falta.”

AQUILINO.

(*Repetiendo lo que escribe.*)

“Falta.”

GONZALO.

Tampoco.. Eso es flojo..

Borra.

AQUILINO.

Borro.

GONZALO.

Es una trama,
es una traicion... Escribe.

“Un suceso de importancia.”

Así no se abulta, ni...

AQUILINO.

Bien mirado, es una ganga
para Solís el que tú..

GONZALO.

¡Oh! Pues si otro redactara
el informe... Pero yo..

AQUILINO.

Tú sabrás atenuar... —

(*Repetiendo lo último que escribe.*)

“Ancia.”

GONZALO.

Por supuesto... Pero ¿cómo?

Estos papeles espantan.

Hay materiales aquí

para ahorcar á un hombre.

AQUILINO.

¡Cáspita!

GONZALO.

Cuando menos, es preciso
formarle causa.

AQUILINO.

Formarla...

Y antes que dé el tribunal
su fallo, salto de mata.

GONZALO.

Con pasaportes en regla,

- en seis días está en Francia.
 AQUILINO. Tú podrás proporcionárselos.
 GONZALO. Y además carruaje y plata.
 AQUILINO. Y luego allí que le pesquen.
 GONZALO. Y en pasando unas semanas...
 AQUILINO. Se arregla el asunto.
 GONZALO. Pues.
 AQUILINO. Se olvida el lance.
 GONZALO. No se habla
 ya de él.
 AQUILINO. Se le hace volver.
 GONZALO. Con un poquito de maña...
 AQUILINO. Con tu favor...
 GONZALO. ¡Y si pilló
 alguna silla dorada...!
 AQUILINO. Entonces, negocio hecho.
 GONZALO. Y aun vendrá á darme las gracias.
 AQUILINO. Pues escrúpulos á un lado,
 y vaya el informe.
 GONZALO. Vaya.
 AQUILINO. Y echarle toda la ley.
 GONZALO. ¿Qué inconveniente?
 AQUILINO. Pues carga
 la mano.
 GONZALO. Asi sirvo á un tiempo
 al amigo y al monarca.
 Este ignora que por mí
 el acusado se salva...
 AQUILINO. Y Gabriel nada sabrá
 del informe.
 GONZALO. Ni palabra.
 AQUILINO. Pues á la obra.

ESCENA VI.

DICHOS. FRANCISCO. CRIADOS.

- GONZALO. (*A Francisco.*) ¿Qué es eso?
 FRANCISCO. Voy á arreglar esa estancia.
 ¿No lo habeis mandado?
 GONZALO. ¡Ah! sí.
 Despachad.

(*Bajo á don Aquilino.*)

En esta sala
no estoy bien: voy allá dentro.
AQUILINO. Sí, vamos.
GONZALO. Conmigo basta
para el borrador: despues
pondráslo en limpio.
AQUILINO. Me agrada.
GONZALO. Quédate para estorbar
que nadie entre.
(*Hace que se va y vuelve.*)
¡ Ah! cuando Clara
venga...
AQUILINO. ¿ Te aviso ?
GONZALO. No... deja
que concluya.
AQUILINO. Pues me llamas.
GONZALO. Bien... Voy...
AQUILINO. Escucha... ¿ La llave
de la puertecita falsa?
GONZALO. En mi despacho la tengo.
Voy ahora mismo á tomarla. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON AQUILINO. FRANCISCO.

(*Francisco y los criados habrán entrado en el cuarto de la izquierda, y luego salen de él como habiendo concluido de arreglarlo.*)

AQUILINO. (*Solo.*) ¡ Ay, válgame San Pascual,
San Jacinto, San Eulogio,
y todo el martirilogio,
y la corte celestial!
¡ Qué apuros! ¡ Qué trapisondas!
¡ Pobre Aquilino Muñoz!
¿ Quién así de hoz y de coz
te mete en cosas tan hondas?
¡ Y á todo esto sin cenar!
¡ Y á media noche, Dios mio!
Siento aqui dentro un vacío...

Me estoy para desmayar.

(A Francisco que sale.)

Francisco amigo, por Dios,

¿podré tomar un bocado?

FRANCISCO.

¿Quereis un pollito asado?

AQUILINO.

¿Si quiero...! Aunque sean dos.

FRANCISCO.

¡Lo traeré! (Vase.)

AQUILINO.

Pues ¡y dormir!

¡Ya va! Con tanta jarana

tendré noche toledana...

Estar de accecho, escribir...

mil tramoyas y manejos...

el escondite... la llave...

Esta vida; Dios lo sabe,

no es para llegar á viejos!

(Sale Francisco con plato, servilleta &c., y lo coloca en la mesa.)

FRANCISCO.

Aquí teneis...

AQUILINO.

¡Ah! Ya aliento.

FRANCISCO.

Y este vino... de lo rico.

AQUILINO.

Pues mientras aquí me aplico,

arreglad ese aposanto.

FRANCISCO.

Ya lo está.

AQUILINO.

Bien... ¡Ah! Ahora

que caigo... No estará mal

que baje alguno al portal

á esperar á esa señora.

FRANCISCO.

Iré yo mismo.

AQUILINO.

Vendrá

con don Lope... aquel amigo...

ya sabeis.

FRANCISCO.

Sí.

AQUILINO.

Nada os digo

del respeto con que...

FRANCISCO.

(Con risa socarrona.) ¡Ya!

AQUILINO.

¿Qué risa tan maliciosa

es esa?

FRANCISCO.

Hablemos clarito...

murmuremos un poquito...

¿Es jóven, linda?

AQUILINO.

Preciosa.

FRANCISCO.

¿Parienta del amo?

AQUILINO.

Pues...

¿No lo ha dicho?

FRANCISCO.

Es que ya vi

otras parientas así
que no he vuelto á ver despues.

AQUILINO.

¡Ah! ¡bribon!

FRANCISCO.

¿Acierto?

AQUILINO.

Puede.

Mas ¡chiton!

FRANCISCO.

Soy perro viejo.

AQUILINO.

Ya caerá algun dobloncejo.

FRANCISCO.

Mejor.

AQUILINO.

Id pues. — Quiero adrede
dejarle creer... — (*Bebe.*) ¡Buen vino!

¡Ay! esto me vuelve el alma.

— Con todo, no estoy con calma.

Que por fin sabrá imagino

Orendana que fui yo.

quien descubrí... ¡Guarda, Pablo!

¡Si esa condesa es el diablo!

¡Con qué maña me sacó...!

¡Maldita...! Mas ¿por qué así

persigue...? ¿Si serán celos

de la otra...? ¡Santos cielos!

En sabiendo que está aquí,

el oírla será un gusto.

¡Dios! ¿De qué santo me valgo?

Tan solo de un susto salgo

para entrar en otro susto.

ESCENA VIII.

DON AQUILINO. DOÑA CLARA. DON LOPE. FRANCISCO.

FRANCISCO. Ya llega... Y ¡qué linda!

AQUILINO. ¿Tan pronto...? Pues que entre.

FRANCISCO. Venid.

(Salen doña Clara y don Lope: aquella sostenida por éste.)

LOPE.

(A Aquilino.) ¡Ay, amigo!

Sosténla.

AQUILINO.

¿Qué tiene?

- LOPE. Tal susto la oprime,
que ni alentar puede.
- AQUILINO. Traed una silla. (*A Francisco.*)
- LOPE. Sí, sí... que se siente.
- CLARA. ¡Ay, Dios!
- LOPE. Sosegaos.
- CLARA. ¿Mi hermano no viene?
- LOPE. Veréisle muy pronto,
pues marchó...
- AQUILINO. Detente.
- LOPE. No puedo: es preciso (*Bajo.*)
que corra á traerle.
- AQUILINO. ¿Ya sabes la puerta?
- LOPE. Sí, no tiene pierde.
¿Quién abre?
- AQUILINO. Yo mismo;
mas deja que suene
la una: hasta entonces
cuidado te acerques. (*Vase don Lope.*)

ESCENA IX.

DICHOS, menos DON LOPE.

- AQUILINO. Hermosa Clarita,
las penas ya cesen,
pues...
(*Óyese un campanillazo en el gabinete.*)
Lllaman... El amo.
- FRANCISCO. A ver voy qué quiere.
- AQUILINO. Tened, que á mí solo
entrada concede.
Cuidad de esta niña.
(*Entra en el gabinete.*)

ESCENA X.

DOÑA CLARA. FRANCISCO. Luego DON GONZALO.

- CLARA. ¡Ay!
- FRANCISCO. (*¿Qué embrollo es este?*)
- CLARA. ¿Se va?
- FRANCISCO. No os asuste

- que aqui sola os deje.
- CLARA. Mas vos...
- FRANCISCO. (Entrando.) Un criado
que os sirva y respete
tendreis en mí.
- CLARA. Pero
- ¿don Gonzalo...?
- FRANCISCO. Vedle.
(Sale don Gonzalo. Clara corre hácia él.)
- CLARA. ¡Amigo!
- GONZALO. ¡Clarita!
- FRANCISCO. (Marcharme conviene.)
(Vase llevándose el plato y lo demás que trajo.)
- CLARA. ¡Ah! ¿Qué es de mi hermano?
¿Dó se halla? ¿Qué suerte
le imponen las iras
del hado inclemente?
Seis horas mortales
estoy ya sin verle,
y ansiosos le buscan
esbirros crueles.
¿Será que sus brazos
el hierro encadene,
ó amaga sus dias
la bárbara muerte?
- GONZALO. No asi el bello rostro
(las lágrimas rieguen;
y el dulce consuelo
con risa las seque.
Aun libre el hermano
respira, y en breve
podréisle gozosa
los brazos tenderle.
- CLARA. ¿Es cierto?
- GONZALO. Le aguardo.
- CLARA. ¿Cuál ansio que llegue!
- GONZALO. Seguro en mi casa
le ofrezco un albergue.
- CLARA. ¿Le cercan peligros?
- GONZALO. Grandes, inminentes.
- CLARA. ¡O cielos!
- GONZALO. Calmaos,

aquí no los teme.

CLARA.

¡ Ah ! no, que un amigo
leal le defiende.

Aquí á vuestro lado

¿ quién puede ofenderle ?

¿ No sois poderoso ?

¿ A vos quién se atreve ?

GONZALO.

Cruel le persigue
contrario más fuerte ;
contrario que polvo,
también puede hacerme.

CLARA.

¿Cuál crimen... ?

GONZALO.

Le acusan

de tramas alevés.

Sabed que esas cartas...

CLARA.

¡ Malditos papeles !

Mas ¿ cómo han sabido... ?

Sin duda le venden.

GONZALO.

¡ Qué horrible sospecha !

CLARA.

Sí, sí...

GONZALO.

Mas ¿ quién puede... ?

CLARA.

Algún falso amigo,
traidor, que merece
que el cielo mil rayos
fulmine en su frente.

GONZALO.

¡ Gran Dios !

CLARA.

Por ventura,
decid: ¿ conocéisle ?

¿ Quién es... ? ¿ Dó se esconde ?

Buscádle, traédle.

GONZALO.

Calmaos, Clarita.

¿ Qué intento ?

CLARA.

Diréle

que le odio y desprecio,

y mil y mil veces

me oirá maldecirle

con voz que le aterre,

pidiendo á los cielos

que justos me venguen.

GONZALO.

Cesad...

CLARA.

Pues ¿ acaso
quereis se liberte

del justo castigo... ?
 GONZALO. ¿Quién... ? ¿yo... ?
 CLARA. ¿ No os parece
 que es vil... ?
 GONZALO. (¡ Oh ! ; cuál sufro !)
 CLARA. ¿ Sentís le deteste ?
 GONZALO. No, no... Vuestros odios
 sufrir, Clara, debe...
 Mas pronto... (¡ Qué angustia !
 ; O cielos, valedme !)

ESCENA XI.

DON GONZALO. DOÑA CLARA. DON AQUILINO.

AQUILINO. Ya está en limpio nuestro informe.
 Ahora firma.
 GONZALO. No, no quiero.
 AQUILINO. Que va á volver el portero,
 y...
 GONZALO. ; Fuera un delito enorme !
 AQUILINO. ; Qué tontuna ! ; Te retractas ?
 GONZALO. Sí.
 AQUILINO. Pues no es mal compromiso.
 Hombre, mira que es preciso.
 GONZALO. No importa.
 AQUILINO. Tú que te jactas
 de ser tan formal...
 CLARA. Por mí
 no os incomodeis... Si estorbo...
 GONZALO. (Un veneno sorbo á sorbo
 me hacen apurar.)
 CLARA. De aquí
 me marcharé.
 GONZALO. No, quedad.
 (*Afectando sonreírse.*)
 Si esto no es nada... En sustancia
 un papel... sin importancia...
 que nada vale.— ¿ Es verdad ? (*A Aquilino.*)
 AQUILINO. (*Fingiéndose la misma risa.*)
 No... nada... una tontería.
 GONZALO. Es cosa de entre los dos.

AQUILINO. Pues... de entre los dos. — Por Dios, firma... ¿No ves...?

GONZALO. No podría, aunque quisiera... Repara que está Clara...

AQUILINO. Ella ¿qué sabe...?

GONZALO. No, tal perfidia no cabe...

AQUILINO. Vive el cielo, estamos para...

ESCENA XII.

DICHOS. FRANCISCO. EL PORTERO.

FRANCISCO. El portero. (*Vase y sale el portero.*)

AQUILINO. ¿No lo ves?

PORTERO. Su eminencia...

GONZALO. Bien está.

AQUILINO. Que la una va á dar ya; y es fuerza que solo estés.

GONZALO. ¿Qué apuro! ¿Qué haré?

AQUILINO. Cumplamos

con el ministro... Con maña

de este modo se le engaña,

y en tanto al otro amparamos.

GONZALO. Tienes razon... sí... conviene...

No hay mas medio de salvarle.

(*Firma.*)

AQUILINO. Solo falta ya cerrarle:

voy corriendo... (*Vuelve al gabinete.*)

GONZALO. ¿Oh Dios!

CLARA. (¿Qué tiene?

¿Cuán agitado le encuentro!)

¡Ah! me lo ocultais en vano:

lo veo... un horrible arcano

aquel pliego lleva dentro.

GONZALO. Sí, Clara... lo lleva... es cierto...

Mas no preguntéis cuál es...

De vergüenza á vuestros pies

me cayera entonces muerto.

CLARA. ¿Pues tan terrible, tan grave...?

(*Sale don Aquilino con el pliego cerrado, y se le da al portero.*)

AQUILINO. Ya está cerrado. — Tomad.

- PORTERO. Gracias.
- AQUILINO. Id pronto, volad.
(Empuja al portero fuera de la puerta y la cierra.
Da la una en el reloj.)
¡La una...! Es hora.
(Acercándose rápidamente á don Gonzalo.)
La llave.
- GONZALO. (Sacándola del bolsillo y dándosela.)
Toma, y corre sin tardar.
- AQUILINO. Voy por él. (A doña Clara.)
- CLARA. ¿Quién?
- AQUILINO. Por Solís.
- CLARA. ¡Mi hermano!
- AQUILINO. Sí... ¿No venís?
- CLARA. ¡Ah! sí... le corro á abrazar.
- GONZALO. ¡Prudencia!
- AQUILINO. No tengas miedo.
Venid, Clarita.
- CLARA. Ya os sigo.
- AQUILINO. ¡Noble y generoso amigo!
- GONZALO. (Dejándose caer aplanado en un sillón.)
¡No puedo mas!
- AQUILINO. (A doña Clara.) Marchad quedo.





Acto quinto.

ESCENA PRIMERA.

DON GONZALO. DON AQUILINO.

AQUILINO. ¿Vienes de palacio?

GONZALO. Sí.

Amigo mio, el informe ha salido tan á gusto del cardenal, que nuestro hombre me dió, lo mismo fué verme, dos mil abrazos. Anoche quiso presentarle al rey; mas era tarde: negóse su magestad porque estaba algo indispuesto... A las doce de hoy debe volver, llevando la consulta en que propone mi encomienda... Amigo mio: es una de las mejores: seis mil ducados de renta.

AQUILINO. ¿Entonces ya quién te tose? Y di: ¿no habria, aunque fuese en el ramo del azogue, algun empleillo...?

GONZALO. ¿Cómo!
¿Quiéres dejarme?

AQUILINO. Conforme.
Si he de llevar esta vida llena de sustos...

GONZALO.

¡Un joven

como tú!

AQUILINO.

Soy muy pacífico;

y andar siempre en estos trotes...

GONZALO.

Bien: hoy mismo propondré...

AQUILINO.

Y que sea donde cobre
puntualmente.

GONZALO.

Ya estoy... Pero
hasta que ponerse logre

Gabriel en salvo, ya ves...

AQUILINO.

¡Oh! tuyo soy hasta entonces.

GONZALO.

¿Le has visto?

AQUILINO.

Sí.

GONZALO.

¿No le falta

nada?

AQUILINO.

Nada.

GONZALO.

Que no noten...

AQUILINO.

Se halla en el cuarto de adentro,
donde los pies nadie pone.

En el primero está Clara;

y allí solo...

GONZALO.

El pasaporte

tendrá mañana, y hoy mismo

tú le buscarás un coche.

AQUILINO.

Sí, sí, que se vaya pronto,
y que no pare hasta Londres.

GONZALO.

Lo que siento es que se vaya
Clara con él.

AQUILINO.

Se conoce

que estás de ella algo prendado.

GONZALO.

Fué mis primeros amores;

y ahora... Mas es preciso:

la suerte así lo dispone.

AQUILINO.

¿Vas á verla?

GONZALO.

Ahora tengo

que hacer... Que nadie me estorbe...

ni estoy, á no ser que venga

del ministro alguna orden.

(Éntrase en el gabinete.)

ESCENA II.

DON AQUILINO. Luego LA CONDESA.

AQUILINO. (Solo.) Pues, señor, ganemos tiempo:
corramos á ver si busco
el carruaje.

(Va á salir y ve á la Condesa.)

¡La condesa!

¡La han dejado entrar!

CONDESA. (Saliendo irritada.) ¿Qué escucho?

¡Querer que yo haga antesala!

¿De cuando acá?

AQUILINO. (La aseguro)

que se engaña si esta vez

piensa hacerme hablar. — Me escurro.)

CONDESA. ¡Ah, ah! ¿Sois vos?

AQUILINO. (¡Me pilló!

Pues me hago en la lengua un nudo.)

CONDESA. ¿Y don Gonzalo?

AQUILINO. (Haciéndose el distraído.)

(A otra puerta.)

CONDESA. ¿Está?

AQUILINO. (¡Ya va!)

CONDESA. Que os pregunto.

¿Está en casa don Gonzalo?

¿No respondeis...? ¿Estais mudo?

¡Vaya un enté...! Que si está

don Gonzalo.. De un asunto

tengo que hablarle.

(Don Aquilino se encoje de hombros, y hace gestos como para decir que no sabe.)

¿Qué gestos

son esos...? ¿Eh...? Yo presumo

que de mí se está burlando.

¿Responderéis al fin, bruto?

(Don Aquilino hace gestos de que no puede.)

¿Os han prohibido hablar?

(Don Aquilino dice por señas que no.)

¿No...? ¿Pues por qué...? ¿Me consumo!

¿Qué sucede en esta casa

que todos...? Algun oculto
misterio hay sin duda aqui...

Por fuerza... y vos...

AQUILINO. *(Hablando sin poderse contener.)*

No hay ninguno.

CONDESA. ¡Hola...! ¿Recobrais el habla?

¿Con que he acertado?

AQUILINO. *(¡Qué burro!)*

CONDESA. ¿Pues me lo vais á decir.

AQUILINO. ¿Yo?

CONDESA. Sí, vos.

AQUILINO. Señora, os juro...

CONDESA. Sin mentir.

AQUILINO. ¡Vaya un empeño!

(Aparte volviéndose á mirar hácia el cuarto de Clara.)

(Y ¿si comete el absurdo

Clará de salir ahora?)

CONDESA. Vamos, hablad.

AQUILINO. *(¡Ya es apuro!)*

¿Cómo haré...?)

CONDESA. No hay que volverme

la espalda... Punto por punto,

me vais á decir...

AQUILINO. Me gusta.

¿Cómo manda! Como si uno

fuera su... Pues no, señora,

no hablaré... Yo soy astuto,

y veo largo... Quereis

ir con el cuento, seguro,

como antes fuisteis... ¡Qué infamia!

¡Una muger...! Yo me aturdo.

CONDESA. Despues de tanto callar,

¿de palabras qué diluvio!

Y para no decir nada.

AQUILINO. Pues eso quiero yo... justo...

no decir nada... ¿Pensais

que soy bobo y no discorro?

Pues yo no me mamo el dedo;

y ya os conozco; y con pulso

me voy con vos; porque sé

que sois mala y sabeis mucho.

CONDESA. ¿Cómo se entiende?

AQUILINO. (*Volviendo otra vez la vista hácia el cuarto de doña Clara.*)

(A todo esto,
si sale y la ve...)

CONDESA. ¡Qué insulto!

AQUILINO. (Estoy en ascuas.)

CONDESA. Y siempre
mirando hácia allí!

AQUILINO. (Yo sudor...)

Y esta muger es capaz...

Mas vale... sí... las afulo.)

(*Vasé corriendo por el foro.*)

ESCENA III.

LA CONDESA. Luego FRANCISCO.

CONDESA. Escuchad... oid... ¡Cuál corre!

Y sin decir... ¿Para qué?

Harto sé ya, pues conozco

que oculto aquí debe haber

algún arcano... Mas ¿cuál...?

Bien claro, ó rabia, se ve

¿Quién pudo dar el aviso

á su amigo, si no es él?

Y la hermana, ¿por ventura

no desapareció también?

¿Dónde estarán...? ¿El lo sabe,

él lo sabe, ingrato, infiel!

¿Cómo descubrir...? Si acaso...

¡Qué idea...! No puede ser...

¡Ellos aquí...! No... — Con todo,

del otro la palidez,

su inquietud, su turbación...

¡Oh! Yo le observé muy bien,

y estaba como temblando

de que algo llegase á ver...

Hácia allí se dirigian

sus ojos... ¿El cuarto aquel

acaso...

(*Se dirige hácia el cuarto de doña Clara, y se pone á escuchar á la puerta.*)

Se escucha ruido dentro... Pasos... ¿ Si podré mirar...? Por este agujero...
(*Se pone á mirar por el agujero de la llave.*)

¡ Ah...! ¿ Qué ñco...? ¡ Una muger!
No descubro bien su rostro,
mas sin duda jóven es...
¡ Una muger aquí, cielos!
Y ¿ no estaba aún ayer
sin habitar esa estancia...?
Sí, sí, lo estaba... Acerté.
Aquí se hallan... ¡ Y ha podido
hasta en su casa esconder...!
¿ Por qué no...? ¿ Qué sitio habrá
do mas seguros esten?
¿ Quién aquí vendrá á buscarlos?
¿ Quién pensará...? Mas tal vez
me engaño... Mis necios celos
me hacen absurdos creer.
¿ Cómo averiguar podría...?
No hay nadie aquí... Llamaré.

(*Se dirige hácia el cordon de la campanilla que está al lado de la puerta del foro y ve á Francisco, que pasa por la parte de afuera.*)

¡ Ah...! Francisco... Oid...

FRANCISCO.

Señora...

CONDESA.

Venid... Decidme... ¿ Sabeis
quién está allí?

FRANCISCO.

¿ En aquel cuarto?

CONDESA.

Sí...

FRANCISCO.

Una señora...

CONDESA.

¿ Quién es?

FRANCISCO.

Una jóven.

CONDESA.

¿ Bella?

FRANCISCO.

Hermosa.

CONDESA.

(¡ Infíel!) Mas ¿ cuándo...? ¿ por qué...?

FRANCISCO.

Vino esta noche.

CONDESA.

¿ Esta noche!

FRANCISCO.

Sí... tarde... Parece ser
una parienta del amo.

CONDESA.

¿ Parienta!

FRANCISCO.

A lo menos él

así lo dijo.

CONDESA. (¡ Ah, traidor!)

Y ¿ vino sola?

FRANCISCO. No.

CONDESA. ¿ Quién

la acompañaba?

FRANCISCO. Un don Lope,

que en el instante se fué.

CONDESA. Y ¿ nadie mas ha venido?

FRANCISCO. Nadie.

CONDESA. Mentís... Me quereis

engañar.

FRANCISCO. Señora, yo...

CONDESA. ¿ Imagináis que no sé

que ha entrado un hombre esta noche?

FRANCISCO. Yo nada tuve que hacer

en eso.

CONDESA. Mas habeis visto...

FRANCISCO. Allá muy tarde escuché

ruido... y vi...

CONDESA. Decid.

FRANCISCO. Dos hombres,

y esa niña, al parecer,

pasar por un corredor.

CONDESA. ¿ Los conocisteis?

FRANCISCO. No á fé.

CONDESA. La escasa luz... Solo el uno

se me figuró...

CONDESA. ¿ Quién?

FRANCISCO. Pues...

él era... Don Aquilino.

CONDESA. ¿ Miren él...!

FRANCISCO. Yo no diré

de fijo... El otro venia

tan embozado...

CONDESA. Está bien. —

Él debe de ser sin duda.

¿ Pérfido! ¿ traidor...! ¿ Qué haré?

No sé... la frente me abrasa...

hierve mi sangre... ¿ Traer

á mi rival...! Y ¿ conmigo

usar de tanta doblez!

¡Guardarla...! ¡Comprometerse...!
 ¡Mucho la debe querer!
 ¿Así me pagas, ingrato...?
 ¡Ah! pierdo el juicio... Sabré
 si es ella... Sí, salir quiero
 hoy mismo de esta cruel
 incertidumbre. — Francisco,
 aguardad. — Escribiré.

(*Se sienta á la mesa y escribe con precipitacion y muy agitada.*)

FRANCISCO. (La muger está que trina.
 ¿Qué diablos tendrá...? Par diez,
 si no me mienten las señas,
 la pican celos.)

CONDESA. Tened:
 llevad esta carta.

FRANCISCO. ¿Adónde?

CONDESA. En el sobre lo vereis.

FRANCISCO. ¡Ah! sí. (*Mirando el sobre.*)

CONDESA. Corriendo... Aquí aguardo.

FRANCISCO. Voy. (*Vase corriendo.*)

CONDESA. Veremos si esta vez...

Mas ¡ay, Dios mio...! ¿Qué hice?

¡Ciega estoy...! ¡Así esponer

á Orendana...! No... no quiero...

Mas vale...

(*Yendo hácia la puerta por donde ha marchado Francisco.*)

Volved... volved...

¡Francisco...! Ya no me oye...

Marchó con tal rapidez...

Mas es fuerza detenerle...

Diré que vayan tras de él...

Llamemos.

(*Se dirige otra vez hácia la campanilla. En este instante sale doña Clara de su cuarto. La condesa, al verla, se detiene.*)

¡Cielos! ¿qué veo?

¿Será ella...? Lo sabré.

LA CONDESA. DOÑA CLARA.

- CLARA. ¿ No está aqui don Aquilino... ?
 ¡ Ah... ! señora... perdonad.
- CONDESA. ¡ Señora... ! (¡ Rara beldad !
 ¡ Qué rostro tan peregrino !)
- CLARA. Pensaba... (*Quiere retirarse.*)
- CONDESA. ¿ Os vais... ? Esperad.
- CLARA. (¡ Quién será... ? ¡ Cómo me mira !)
- CONDESA. ¿ Temeis de mí , por ventura ?
- CLARA. No por cierto... Antes me inspira
 confianza tanta beldad.
- CONDESA. (¡ Cómo no se inflama en ira
 mi pecho con su presencia ?
 ¡ Ah ! que ese aire de inocencia...)
 ¿ Con que tan bella os parezco ?
- CLARA. Sí... mucho.
- CONDESA. Yo os lo agradezco.
- CLARA. Si me dais vuestra licencia...
- CONDESA. No os marcheis... Veros me agrada
 aun mas de lo que pensais...
 Vos tambien bella , agraciada ,
 á mis ojos os mostrais...
 (¡ Harto , en verdad , desdichada !)
- CLARA. Señora , ¿ saber podré
 á quién debo tal fineza ?
- CONDESA. Soy... mas tarde os lo diré.
- CLARA. Perdonadme esta franqueza:
 quizá en preguntarlo erré.
- CONDESA. No , no hay misterio... Mas vos
 con tal pregunta , ¿ no veis
 que á otra igual os espondeis ?
 ¡ Ah !
- CLARA. ¿ Y cuál debe de las dos
 temer mas ? ¿ Enmudeceis ?
- CLARA. Yo...
- CONDESA. El rubor de ese semblante
 harto en que entender me diera ,
 si quien sois ya no supiera.
- CLARA. ¿ Quién os ha dicho... ?

CONDESA.

El amante

que aqui esta noche os tragera.

CLARA.

Mirad bien lo que decís.

Quien de esa suerte se espresa
que ignora quién soy confiesa.

CONDESA.

De don Gabriel de Solís

¿no sois la hermana?

CLARA.

¡O sorpresa!

¿Sabeis, señora...?

CONDESA.

Mas sé.

En esta casa escondido,
cerca de aqui le hallaré.

CLARA.

¡Ah, por Dios!

CONDESA.

(Adiviné.)

CLARA.

Pero ¿cómo habeis sabido...?

CONDESA.

Me lo ha dicho don Gonzalo.

CLARA.

¡Don Gonzalo!

CONDESA.

Vuestro amor.

CLARA.

¡Insistís en ese error!

CONDESA.

Los oidos os regalo.

CLARA.

Señora, hacedme el favor...

CONDESA.

El enojo refrenad

que mi franqueza os inspira;

que en estos casos la ira

descubre mas la verdad.

CLARA.

Mucho el oiros me admira.

CONDESA.

Poca ofensa me parece

vuestro afecto recordar:

ni puede nunca agraviar

á quien tanto amor merece

un puro amor inspirar.

Si no ha mentido la fama,

allá en la infancia nació,

y en tierna, inocente llama,

á quien niña os conoció

amais á la par que os ama.

Esa sencilla pasion

habrá á quien dé tal vez celos;

mas la ocultais sin razon:

¿qué os importan los desvelos

de otro amante corazon?

CLARA.

Mucho asombrarme, señora,

debe tan extraño hablar ;
 y no sé si en vos ahora
 una amiga he de mirar,
 ó una enemiga traidora.
 Mas tanto sabeis de mí,
 que , aunque me causa extrañeza ,
 fuera el negarlo simpleza ;
 y contestar pienza así
 á franqueza con franqueza.
 Inocente , aun no sabia
 mi pecho lo que era amor ,
 y ya á Gonzalo queria ,
 é inflamada me sentia
 por desconocido ardor.
 Toda entonces ilusiones ,
 á mi afecto me entregué ,
 y en agradables ficciones ,
 tal vez ¡ ay ! la union soñé
 de dos fieles corazones.
 Fiel siempre el mio quedó ;
 que á pesar de desengaños ,
 aun á arrojar no llegó
 la flecha que en tiernos años
 firme el amor le clavó.
 Mas tener alma constante
 ¿ qué le sirve á la muger ,
 si al viento menor fluctuante
 el hombre menos amante
 deja la suya ceder ?
 Mientras triste , solitaria ,
 yo en mis sueños me mecía ,
 aquí la suerte contraria
 con nuevo amor seducía
 de Gonzalo el alma varia.
 Sí , nuevo amor ; que aunque ignoro
 quién al yugo le ha rendido ,
 ¿ qué otra causa habrán tenido
 tres años de amargo lloro ,
 y tanto tiempo de olvido ?
 ¡ Cómo... ! ¿ Os ha olvidado ?

CONDESA.

CLARA.

CONDESA.

Si.
 ¿ Y en esos años de ausencia... ?
 :

- CLARA. Ni una carta suya vi.
 CONDESA. Mas hora vuestra presencia
 habrá renovado aqui...
- CLARA. Tan solo una vez me ha hablado.
 CONDESA. ¡Solo una vez!
- CLARA. Vile afable,
 fino, mas no enamorado.
 CONDESA. Pero estando á vuestro lado,
 que hoy os vuelva á amar es dable.
 CLARA. ¿Cómo, si ausentarme debo?
 CONDESA. ¿Pronto?
 CLARA. Mañana... Él lo quiere...
 CONDESA. ¡Él!
 CLARA. Sí.
 CONDESA. A crecer no me atrevo...
 ¡Mañana...! ¡y él...! Si eso fuera
 verdad.
- CLARA. Lo es. Lejos llevo
 mi amor, mi triste existir;
 y voy, quedándose ¡ay cielos!
 mi corazon al partir,
 abandonada y con celos
 en tierra estraña á morir.
- CONDESA. ¿Con que no os ama...? ¿Es verdad?
 ¡Ah! Decid eso, decidlo...
 Que lo oiga otra vez... Hablad...
 No me engañeis, por piedad...
 Si eso es cierto, repetidlo.
 ¡Qué estraño gozo!
- CLARA. ¿No os ama?
 CONDESA. Cada vez mas me asombráis.
 CLARA. Mas ¿no os ama?
 CONDESA. Mas ¿no os ama?
 CLARA. ¡Cuál estais!
- CONDESA. Decid.
 CLARA. ¡Qué ardor os inflama!—
 ¡Ah...! lo veo... Vos le amais.
 CONDESA. ¿Yo...? ¿Quién dice...?
 CLARA. Sí, señora:
 vuestro amor ocultais mal.
 CONDESA. Sí, me abrasa, me devora:
 mi pecho le ama, le adora...
 Ved en mí á vuestra rival.

CLARA. ¡Ay! (*Se cubre el rostro con las manos y se sienta abatida.*)

CONDESA. ¡Os asombro, os espanto...!

¡Me veis con odio y horror!

CLARA. No: solo hallo en mí quebranto,
suspiros para el dolor,
y estos ojos para el llanto.

CONDESA. ¡Cómo! ¡No me aborreceis?

CLARA. Y ¿de qué me aprovechará?

¿Acaso porque os odiara,
cesara el llanto que veis,
ó que él me amase lograra?

CONDESA. (¿Qué dice? ¡Pasmada quedo!)

CLARA. Vos sí, que odiándome estais:
vuestros ojos me dan miedo.

CONDESA. Lo queria... Mas hablais,
y aborreceros no puedo.
Mas bien me dais compasion.

CLARA. ¡Ah! Compadeceidme, sí:
podeislo hacer con razon.
¡Cuántas lágrimas verti!
¡Cuál sufrió mi corazon!
En vano yo me decia:
"deja de amar á un ingrato..."

Cuanto mas esfuerzo hacia,
en mi delirio insensato
mas esta hoguera crecia.
Infel, aleve y traidor
la mente me le pintaba;
y sin embargo, le amaba,
y el alma con ciego error
por él disculpas buscaba;
y aun cuando tras largo olvido
la suerte aqui me condujo,
á este pecho siempre herido
necia esperanza sedujo
de hallarle fiel y rendido.
Me engañé... Ya ante mis ojos
miro la verdad cruel;
y do con vanos antojos
buscaba rosa y clavel
hallé solamente abrojos.

Triunfe, pues, vuestra beldad:
 ahogar sabré mi dolor,
 y goce el premio de amor,
 goce su felicidad
 quien lo merece mejor.
 Yo pobre y desventurada,
 ¿qué le pudiera ofrecer?
 Solo una alma enamorada,
 y en fortuna limitada
 tristeza en vez de placer.
 Vos al contrario, señora:
 ese aire noble, ese porte
 diciéndome estan ahora
 que en vos sin duda atesora
 su joya mejor la corte.
 Bienes, honores, nobleza,
 cuanto á un hombre satisface,
 á par con vuestra belleza,
 para labrar su grandeza
 le promete vuestro enlace.
 En nudo santo, dichoso,
 en tierna, plácida union...
 ¡Ah! ¿qué decís?

CONDESA.

CLARA.

Venturoso

podrá ser su corazon...

CONDESA.

¡Nudo santo...! ¡Union...! ¡Penoso,
triste recuerdo!

CLARA.

Vos, sí,

sabreis su dicha labrar.

¿No es verdad...? Tan solo asi
os puedo al fin perdonar
que me le quiteis á mí.

CONDESA.

¡Qué...! ¿Vierais sin amargura...?

CLARA.

Pues qué, ¿acaso yo le amara,
si á costa de mi ventura
la suya no deseara?Ni comprada así me es cara;
pues si dichoso le sé,
cesando ya mis enojos,
dichosa tambien seré;
y alegre, al fin, secaré
las lágrimas de mis ojos.

No es sin remedio ni mal:
 me queda mejor esposo;
 en vez de lecho nupcial,
 tendré para mi reposo
 una celda y un sayal;
 y allí en ferviente oracion,
 si cumplís mi ardiente anhelo,
 tranquilo mi corazon
 pedirá tan solo al cielo
 que bendiga vuestra union.

CONDESA.

Callad, callad... No sabeis
 el mal que me estais haciendo.
 ¿Qué decís? ¿Qué pretendéis?
 En este pecho ¿no veis
 que un puñal estais hundiendo?
 ¡Unirme á él...! Eso fuera
 mi dicha, mi bien mayor:
 riquezas, todo lo diera
 para lograrlo mi amor...
 Mas ¡ay! es sueño, es quimera.
 ¿Sabeis vos si eso es posible?
 No, no lo es... Entre los dos
 un obstáculo invencible,
 eterno, santo, terrible,
 puso el mundo, puso Dios.
 Sabedlo ya. — ¿Qué iba á hacer?
 No, no lo debéis saber.
 Sois pura... Si os lo dijera,
 yo vuestro aprecio perdiera,
 y hora lo anhelo tener.
 Mucho por Gonzalo, es cierto,
 me han visto hacer decidida:
 yo le consagré mi vida...
 Si está de honores cubierto,
 si la suerte sin medida
 le da empleos y riquezas
 con que á la corte deslumbre,
 si en breve de las grandezas
 llegue tal vez á la cumbre,
 se lo debe á mis finezas.
 Yo quise y logré elevarle...
 ¿Qué mas? Para su ventura

aun buscaba mi ternura
 otro bien mayor que darle...
 Y halléle al fin... Hermosura,
 alma noble y generosa,
 y virtud aun mas preciosa,
 de todo le dotó Dios...
 Ese raro bien... sois vos...
 Dóisclo, pues... Sed su esposa.

CLARA.
 CONDESA.

¡Ah! ¿qué decís...? Reparad...
 Señora, ¿pensais ganarme
 á mí en generosidad?
 Yo debo sacrificarme...
 Id, y la mano le dad.
 Vos sola le mereccis,
 yo no... Y acaso con esto
 repare algun mal funesto
 que os hice y vos no sabeis.
 A llorar mucho me apresto
 de esta suerte, bien lo sé;
 mas lo que decís, diré:
 su ventura es mi consuelo;
 y tambien, rogando al cielo,
 vuestra union bendeciré.

CLARA.

¡Qué oigo...! Señora, dejad
 que á vuestras plantas bendiga
 tanta generosidad.

CONDESA.

No... Mas bien os arrojad
 en los brazos de una amiga.

(*Se abrazan.*)

ESCENA V.

DICHOS. DON GONZALO. DON AQUILINO.

GONZALO. (*Saliendo de su gabinete y viéndolas abrazadas.*)

¡Qué veo...! ¡Con la condesa
 Clara...! ¡Y abrazada!

(*Sale corriendo don Aquilino, y sin reparar en las dos mugeres, se acerca á don Gonzalo.*)

AQUILINO.

Amigo,
 novedad. Lope una carta

me escribe en que con sigilo
me manda dar á Solís.

GONZALO. ; Quedo...! ; No adviertes...?
 (*Enseñándole á la condesa.*)
AQUILINO. (*¿ Qué miro?*)
 ; Aquí todavía...?)
GONZALO. ; Y bien?
AQUILINO. Qué... (*¡ Maldita!*)
GONZALO. Vamos, dílo.
 ; Qué has de darle?
AQUILINO. Esta otra carta.
GONZALO. Pues vé, y dá-sela.
AQUILINO. Voy listo.
 (*¡ Las dos juntas...! ; Se cayó*
 la casa á cue-s-tas!)

ESCENA VI.

LA CONDESA. DOÑA CLARA. DON GONZALO.

GONZALO. Me admiro
 de ver...
CONDESA. ; El qué?
GONZALO. Esos abrazos.
CONDESA. ; Son acaso sin motivo?
 ; No es parienta vuestra?
GONZALO. ; Ah...! Sí.
CONDESA. Pues abrazarla es preciso.
 Decidme: ; es sobrina...? ; prima?
 ; Qué grado...? ; Tercero ó quinto?
GONZALO. Es... prima... un poco lejana.
CONDESA. ; Y tanto...! ; Mucho me río!
GONZALO. Señora...
CONDESA. ; Siempre misterios!
 Si lo sé todo, amiguito.
GONZALO. ; Cómo!
CONDESA. Esta jóven es...
GONZALO. ; Quién?
CONDESA. ; Necesitaré decirlo?
 Doña Clara... la hermanita.
 de...
GONZALO. ; Cielos...! Y ; habeis tenido

(A Doña Clara.)

la imprudencia de...

CLARA.

Vos sois

quién el secreto habeis dicho.

GONZALO.

¿Yo?

CLARA.

Sí, vos... Ella lo dice.

GONZALO.

¿Ella...! Os engaña.

CLARA.

¡Dios mio!

¿Será cierto?

(Se oyen voces dentro del cuarto de doña Clara. A poco rato salen don Gabriel y don Aquilino, procurando éste contener á aquel.)

ESCENA VII.

DICHOS. DON AQUILINO. DON GABRIEL.

AQUILINO.

(Dentro.) No saldrás.

GABRIEL.

Deja. *(Idem.)*

AQUILINO.

Detente.

GONZALO.

¡Qué ruido!

AQUILINO.

Es una imprudencia. *(Saliendo.)*

GABRIEL.

Aparta:

déjame huir de este sitio.

GONZALO.

¿Qué es eso, amigo? ¿No ves que te espones al peligro...?

GABRIEL.

Y ¿qué te importa, malvado? Si venderme es tu designio, deja que yo mismo ahora me entregue á mis enemigos; así á lo menos, infame, ahorrarte podré un delito.

CLARA.

¡Santo Dios!

CONDESA.

¿Pues qué...

GONZALO.

¿Te atreves...?

GABRIEL.

Ya tu perfidia he sabido.
¿Ves esta carta? Es de Lope, que en fiel, amistoso aviso, dice eres tú quien ayer me delataste al ministro; que mientras aparentabas darme en tu casa un asilo,

en un informe sangriento
proponias mi castigo;
y que hoy debes entregarme
á mis verdugos impíos.

GONZALO. ¿Eso dice?

GABRIEL. Mira... lee.

GONZALO. ¡Dios!

GABRIEL. Ese informe, él lo ha visto;
y ya es público en Madrid
que tú, traidor, me has vendido.

CLARA. ¡O cielos! ¿Será posible
tanta infamia? ¡Me horrorizo!

GONZALO. *(A la condesa con amargura y despecho.)*

¿Lo veis, señora, lo veis?
Este fruto han producido
vuestra pasión, vuestro encono...
Muger funesta, os maldigo.

CONDESA. ¡Ah! *(Se deja caer abatida en un sillón,
y permanece en el anonadada.)*

CLARA. ¿Cómo?

GABRIEL. ¿Qué dices?

GONZALO. Ella,

ella es el genio maligno
que interpuesto entre los dos
á entrambos nos ha perdido.
Ella descubrió el secreto,
y ella...

GABRIEL. ¿Qué oigo?

CLARA. ¿Monstruo indigno!

GABRIEL. ¿Será verdad?

AQUILINO. Yo lo afirmo.

¡Él venderte! ¡Él que intentaba
libertarte, voto á Cristo!

GABRIEL. Pero ese informe...

GONZALO. Forzoso

el estenderlo me ha sido.
Me lo mandaban... Debía
disimular... Mas testigo
es de cuánto me costó
aquel esfuerzo Aquilino.

AQUILINO. ¡Oh! sí, tuvimos un rato...

GONZALO. Mas también, cual fiel amigo,

amparándote en mi casa,
com mi deber he cumplido.
Seguro aqui te creía;

(*Mirando á la condesa.*)

y si hay algun pecho inicuo
que á delatarte se atreva,
será igual nuestro destino.

ESCENA VIII.

DICHOS. FRANCISCO.

FRANCISCO. ¡Ah! señor... (*Saliendo azorado.*)

GONZALO. ¿Qué hay?

FRANCISCO. Yo no sé

qué es lo que habrá sucedido;
pero...

GONZALO. Hablad... Estais turbado.

FRANCISCO. Hay en la calle un gentío...

La casa está rodeada...

Y vienen dando unos gritos...

GONZALO. ¿Qué será?

FRANCISCO. Se ven soldados,

hombres, mugeres, esbirros...

CONDESA. (*Levantándose aterrada.*)

¡Cielos! Ya no me acordaba.

Yo soy quien... ¡Ah! me abomino.

GONZALO. Explicaos.

CONDESA. Cuando supe

que aqui estaban escondidos...

GONZALO. ¿Y bien?

CONDESA. Furiosa...

GONZALO. Acabad.

CONDESA. En mi ciego desvarío,

dí parte...

GONZALO. ¡Muger odiosa!

GABRIEL. ¡Vos!

CLARA. ¡Dios mio!

AQUILINO. ¡Basilisco!

GONZALO. Y ¿habeis osado...?

CONDESA. Ocultaos...

Sí... por Dios... os lo suplico...

Que yo sabré...

AQUILINO. Pero ¿dónde?
 GONZALO. No es dable en este recinto.
 CONDESA. Pues huid.
 AQUILINO. La puerta falsa...
 FRANCISCO. ¡Si todo está circuido!
 AQUILINO. ¡Estamos frescos!
 CONDESA. Ya llegan.
 AQUILINO. Caimos en el garlito.
 GONZALO. Gozaos en vuestra obra,
 perversa.
 CONDESA. ¡O cruel suplicio!
 AQUILINO. (*Mirando hácia la puerta.*)
 ¡Un alguacil...! No, que es Lope.
 TODOS. ¡Lope!

ESCENA IX y ÚLTIMA.

DICHOS. DON LOPE.

(*Sale don Lope desalado, y viendo á don Gabriel corre hácia él y le abraza.*)

LOPE. Sí, yo soy, querido.
 Dame un abrazo... Por fin,
 aunque pese á algun indigno,
 ya estás libre.
 TODOS. ¡Libre!
 GONZALO. ¿Es cierto?
 LOPE. (*A don Gonzalo, con energia y desprecio.*)
 Sí.— Pero tú estás perdido.
 GONZALO. ¡Cómo...!
 LOPE. Como que mil diablos
 se han llevado á tu ministro.
 GAB. y GON. ¡Alberoni!
 LOPE. Ya cayó.
 GABRIEL. ¿Quién ha logrado...?
 LOPE. Tu escrito.
 GABRIEL. ¡Mi escrito!
 LOPE. Por sus razones
 su magestad convencido,
 y á las súplicas cediendo

de altos personajes dignos
de su aprecio, al cardenal
destierra de sus dominios.
Ya el pueblo con tal noticia
de júbilo poseido,
en vivas mil por las calles
demuestra su regocijo.

GONZALO.

¿Qué escucho?

LOPE.

Y en cuanto á tí,
amigo, siento decírtelo:
quedas tambien de tu empleo
y honores destituido.

GONZALO.

¡Ah!

GABRIEL.

No desmayes: si alcanzan
algun premio mis servicios,
tu pronta reposición,
ese solamente pido.
Jamás olvidar podré
que hallé en tu casa un abrigo,
y todo resentimiento
le borra este beneficio.

GONZALO.

¡Amigo! (*Se abrazan.*)

AQUILINO.

¿Es decir que yo
pierdo tambien mi destino,
y quedo otra vez por puertas?
¡Ah, mal haya...!

GABRIEL.

No, querido:
ya haremos que...

CONDESA.

Yo prometo
empeñarme si es preciso.

AQUILINO.

¿Vos...? No.

CONDESA.

¿Por qué?

AQUILINO.

Parque sois
muy mala muger, clarito.

CONDESA.

Ese concepto...

AQUILINO.

Es de todos.

CONDESA.

¿De todos?

CLARA.

(*Yendo hácia la condesa y abrazándola.*)

No, no es el mío:
que antes en ella encontré
un corazón noble y digno
de todo aprecio.

CONDESA.
 AQUILINO.
 CONDESA.

(*A Aquilino.*) ¿Lo veis?
 ¡Está muger gasta hechizos!
 (*Abrazando á doña Clara.*)
 ¡Ah! gracias, señora, gracias:
 mucho este aprecio os estimo.
 — Don Gonzalo... ya de vos
 para siempre me despido.
 ¡Cómo!

GONZALO.
 CONDESA.

 Mi honor, mi reposo
 piden este sacrificio.
 Mucho me cuesta... no importa...
 En hacerlo no vacilo.
 (*Señalando á doña Clara.*)
 Aquí teneis quien os debe
 hacer feliz... Solo exijo
 que tambien la hagais dichosa...
 y no me deis al olvido.

FIN DE LA COMEDIA.



Un secreto de estado.	6	Ango.	6	La estre
Memorias de un coronel.	4	Angelo, tirano de Pádua.	8	Los cor.
Josepo el Veronés.	6	Amor y deber.	5	La ocasio
El hijo de la tempestad.	6	A un cobarde otro mayor.	4	Los celos
Una boda improvisada.	4	Adel el Zegri.	8	Los amorí
Marcelino el tapicero.	6	Baltasar Cozza.	8	La conjura
Los dos solterones.	4	Catalina Hovar.	6	La cuarente
El hombre mas feo de Francia.	6	Chiton !!!	5	La pata de c
Noche toledana.	4	Doña María de Molina.	8	La gata m
El juglar.	6	Doña Urraca.	6	Lucrecia Bo
El castigo de una madre.	6	Doña Jimena de Ordoñez.	8	Luis onceno.
Las memorias del diablo.	6	Doña Blanca de Navarra.	6	Los guantes a....
Otra casa con dos puertas.	6	Diana de Chivri.	6	La frontera de Saboya.
Gaspar.	6	D. Rodrigo Calderon.	8	Las máscaras negras.
Lluven bofetones.	4	Dos granaderos.	4	La espada de mi padre.
Cazar en vedado.	6	Dos padres para una hija.	4	La cruz de oro.
El cersario.	6	Elvira de Albornoz.	6	La hermana del sargento.
Cásate por interés.	6	El desconfiado.	8	Los padres de la novia.
A cazar me vuelvo.	8	El hijo predilecto.	8	Luisa.
Ser buen padre.	6	Emilia.	8	La escalera de mano.
El sitio de Bilbao.	4	El astrólogo de Valladolid.	8	La solterona.
Cromwell.	6	El pária.	8	La cuñada.
Pablo y Paulina.	4	El campanero de san Pablo.	6	La hija del avaro.
La novia de palo.	4	El casamiento nulo.	4	La hosteria de Segura.
Soltera, viuda y casada.	4	El afan de figurar.	4	Me voy á casar.
El protestante.	4	El peluquero de antaño.	4	María Remond.
Catalina de Médicis.	6	El pobre pretendiente.	4	Nacbet.
El caballero de industria.	4	El hijo en cuestion.	4	No hay mal que por bien no
Cristobal el leñador.	6	Está loca!	4	venga.
Gabriela de Belle-Isle.	6	El domine consejero.	4	Ni el tio ni el sobrino.
El abuelo.	4	El compositor y la estrangera.	4	No siempre el amor es ciego.
El médico y la huérfana.	4	El duque de Braganza.	5	Padre é hijo.
El pacto del hambre.	6	El pilluelo de Paris.	5	Plan-plan.
El proscripto.	6	El soprano.	4	Pablo el marino.
La degollacion de los inocentes.	6	El gondolero.	6	Roberto D' Artevelde.
Los dos celosos.	6	El castillo de san Alberto.	6	Ricardo Darlington.
Los cómicos del rey de Prusia.	4	El ramillete y la carta.	4	Sin nombre!
La abadía de Castro.	6	El comodín.	4	Stradella.
Un hombre de bien.	4	El mulato.	6	Teodoro
La carcajada.	6	El marido y el amante.	4	Toma y'daca.
El azar.	6	Fray Luis de Leon.	8	Virtud en la deshonra.
Un secreto de familia.	6	Funcion de boda sin boda.	6	Valeria.
Una aventura de Carlos II.	4	Garcilaso de la Vega.	8	Un poeta y una muger.
La molinera.	4	Guillermo Colman.	6	Una muger generosa.
El mercader flamenco.	6	Hernani.	6	Un dia de 1823.
El secretario privado.	6	Hija, esposa y madre.	6	Una y no mas.
La cisterna de Alby.	6	Intrigar para morir.	8	Un artista.
Una cadena.	6	Incertidumbre y amor.	6	Un tio eu Indias.
El amor y nobleza.	8	Intriga y amor.	6	Un liberal.
Antonio Perez y Felipe II.	8	Isabel de Babiera.	6	La familia improvisada.
El delfo.	6	La vieja del candilejo.	8	El hombre misterioso.
El amor venga sus agravios.	8	La político-mania.	6	Cada cosa en su tiempo.
Antonio.	6			

sante coleccion comprende hasta el dia mas de 350
s, cuyos autores son :

ara, duque de as.
y Zárate.
García Gutierrez.
de Tapia.
Eugenio de Ochoa.
Francisco Martinez de la Rosa.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Isidoro Gil.
D. José Zorrilla.
D. José Espronceda.
D. José de Castro y Orozco.

D. José Garcia de Villalta.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Manuel Breton de los*Herreros.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano José de Larra.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Miguel Agustin Principe.
D. Patricio de la Escosura.
D Ramon Navarrete.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Ventura de la Vega.

TEATRO MODERNO ESPAÑOL.

Van publicados 36 tomos. Se venden sueltos á 20 reales.

TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL.

TIRSO DE MOLINA. Consta de 12 tomos en 8.º marquilla, 160 rs.

TEATRO MODERNO ESTRANGERO.

Van publicados 20 tomos. Se venden sueltos á 20 rs.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid, librerías de Cuesta, calle Mayor, y de Rios, calle de Carretas, frente á la imprenta Nacional.

En las provincias en los siguientes :

Almeria..... Gonzalez.
Alcov..... Marti Roig.
Alicante..... Champourcin.
Burgos..... Arnaiz.
Badajoz..... Viuda de Carrillo.
Barcelona..... Piferrer.
Cadiz..... Moraleda.
Córdoba..... Berard.
Coruña..... Perez.
Granada..... Sanz.
Habana..... Urban Ramos.
Jaen..... Orozco.
Jerez..... Bueno.
Málaga..... Aguilar.

Murcia..... Gisbert.
Oviedo..... Longoria.
Orense..... Novoa.
Pamplona..... Erasun.
Palencia..... Santos.
Palma..... Gelabert.
Santander..... Riesgo.
Salamanca..... Oliva.
Sevilla..... Caro Cartaya.
Santiago..... Rey Romero.
Vitoria..... Ormilugue.
Valencia..... Navarro.
Valladolid..... Hijos de Rodriguez.
Zaragoza..... Yagüe.

LIBRARY OF CONGRESS



0 022 011 489 2